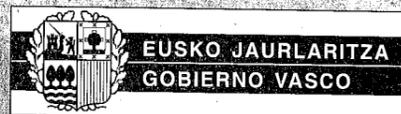


Sociedad democrática, sociedad multicultural



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO

JUSTIZIA, EKONOMIA, LAN ETA GIZARTE
SEGURANTZA SAILA
DEPARTAMENTO DE JUSTICIA, ECONOMIA
TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL



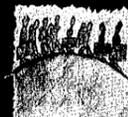
BILBAO
UDALA
AYUNTAMIENTO



VICTORIA
GASTEIZ
AYUNTAMIENTO



Donostia Udala
Ayuntamiento de San Sebastián



HARRESIAK APURTUZ

COORDINADORA DE ONGs
DE EUSKADI DE APOYO A INMIGRANTES
ETORKINEN LAGUNTZARAKO EGG
EUSKADIKO KOORDINAKUNDEA



INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO Y LA ECONOMIA INTERNACIONAL
NAZKARTERKO EKONOMIA ETA GARRAPENARI BURUZKO IKASKETA INSTITUTOA
UNIBERSITATIA DEL PAIS VASCO - EUSKAL HEERIKO UNIBERTSITATEA

1997 año europeo



contra el racismo
European Commission D.G.V.

índice

Presentación

3

Conceptos

5

Asimilación	7
Educación intercultural	7
Convivencia	8
Interculturalidad	8
Pluralismo cultural multiculturalismo	9
Nuevo racismo	9
Fusión cultural	10
Exclusión	10
Enclave étnico	10
Gueto	11
Integración	11
Segregación y discriminación	12
Etnocentrismo	12

Reflexiones

13

¿Qué dice la ciencia? <i>Albert Jacquard</i>	15
Universalidad solidaria versus particularismo etnocéntrico <i>Tomás Calvo Buezas</i>	18
¿Un derecho a desplazarse? <i>Bob Sutcliffe</i>	19
Sociedades plurales, sociedades duales <i>Luis Abad</i>	23
¿Qué significa hoy ser antiracista? <i>Javier de Lucas</i>	26
El reto de la inmigración <i>Sami Nair y Javier de Lucas</i>	29
Inmigrantes, extranjeros y construcción nacional <i>Xabier Aierdi</i>	31
La metáfora del extranjero <i>Bernabé López García y Carlos Celaya</i>	33
Europa y el mediterráneo <i>Bichara Khader</i>	35
El racismo <i>Edgar Pisani</i>	37
Cotidianidad y vida de una inmigrante negra <i>Ángela M^a da Silva</i>	39
La invasión tercermundista <i>Torcuato Luca de Tena</i>	43

Textos

45

Presentación

Reg. Repoc: D-1833	hagoa	R	A	EDD
N.º Doc.	N.º de Pág.			
NºN-3800	Documentos			
	-			
	-			
	-			
	-			

DERECHOS HUMANOS
 General
 Eur Occ
 Mediterráneo
 España
 País Vasco
 Navarra
 Decepción
 Multiculturalidad
 Docs
 Ciudadanía
 Necesidad
 Identidad cultural
 Derechos Humanos
 Relaciones Internas

Uno de los objetivos prioritarios del AÑO EUROPEO CONTRA EL RACISMO Y LA XENOFobia es el de alentar la reflexión y el debate sobre este fenómeno y sobre las medidas necesarias para luchar contra aquellas actitudes que supongan una amenaza para los derechos humanos, la cohesión social y la convivencia en nuestras sociedades.

Se hace cada vez más necesario trabajar en el camino de la construcción de una sociedad basada en la interculturalidad, porque entendemos que la riqueza de una sociedad está, precisamente, en el conocimiento, la convivencia armoniosa y el respeto de las diversas etnias y culturas, y que no es posible pensar en una sociedad democrática que no contemple esta situación.

Los materiales que se presentan este dossier ha sido seleccionados de diferentes publicaciones especializadas en estos temas. Pretenden aportar algunas ideas para ayudar a comprender mejor el fenómeno del racismo y la xenofobia, así como plantear propuestas de futuro que sirvan para cambiar actitudes en la ciudadanía y para la adopción de medidas por parte de las instituciones implicadas.

Octubre, 1997

Arrazakeria eta Xenofobiaren aurkako Urte Europarraren helburu nagusienetarikoa bat, fenomeno hau buruzko ausnartze eta eztabaida suspertzea da, gure gizarteko giza eskubideak, giza kohesioa eta elkarbizitzaren aurka doazen jokabideen kontrako neurriak aztertzea ere tartean delarik.

Geroago eta beharrezkoagoa egiten da, giza aniztasunean oinarritutako gizarte baten alde lan egitea, gizarte baten aberastasuna, elkarezagutze, elkarbizitze eta etnia eta kulturen arrespetuan baitago. Honela ez bada, ezin daiteke ulertu gizarte demokratiko baten eraikitzea.

Dossier honetan agertzen diren materialeak, argitarapen espezializatuetatik aukeratuak izan dira, arrazakeria eta xenofobia fenomenoak hobeto ulertu, gizartean dau den portaerak aldatu eta instituzioei neurri egokiak hartzen leguntzea helburua dutelarik

Urria, 1997

Conceptos

Para la elaboración
de este apartado
hemos utilizado
la obra

“Guía de conceptos
sobre migraciones,
racismo e
interculturalidad”

de *Carlos Giménez*
y *Graciela Malgesini*

(Edit. La cueva del oso,
Madrid, 1997)

Asimilación

El asimilacionismo es una propuesta de uniformización cultural porque se propone y supone que los grupos y minorías van a ir adoptando la lengua, los valores, las normas y las señas de identidad de la cultura dominante a la vez que van a ir abandonando su cultura propia. A veces este término se identifica con la de absorción en el sentido de que es un proceso por el cual los grupos minoritarios son absorbidos por patrones de conducta de un grupo mayoritario.

Esta ideología asimilacionista se basa en dos supuestos centrales: 1) el interés o convencimiento de la bondad, necesidad y posibilidad de la homogeneidad sociocultural y 2) de que una vez asimilada la minoría, éstos vivirán sin discriminación en igualdad de condiciones que el mayoritario o autóctono.

En el asimilacionismo se parte de una sociedad receptora o dominante que es culturalmente homogénea antes del contacto, lo que plantea un problema previo en aquellas situaciones donde existe una diversidad cultural interna (étnica, religiosa, lingüística etc.), en cuyo caso habría que resolver cual es la que asimila a quien.

El asimilacionismo plantea la sociedad homogénea como meta, esto es, es una propuesta de cambio cultural que va de la heterogeneidad a la homogeneidad, una filosofía en la que la diversidad es transitoria, un mal o un problema coyuntural en la historia de un país. Desde el planteamiento asimilacionista no quiere tenerse en cuenta que, por la misma realidad cambiante y adaptativa de la cultura, la sociedad resultante de la interacción de los segmentos socioculturales diferenciados no puede ser de hecho la misma, sino será ya algo distinto, fruto de la influencia de las distintas entidades en contacto.

Desde el asimilacionismo, el cambio social y cultural no es visto como un proceso que afecta a todos sino que solamente lo son aquellos segmentos subordina-

dos, a los que se les ofrece, incluso apelando a la tolerancia y al progreso, oportunidades en cuanto a la naturalización, derechos civiles, cursos de lengua, formación, etc.; pero son ellos (indígenas, grupos nómadas, inmigrantes, refugiados, etc.) los que unilateralmente tienen que dar el paso hacia el *otro*, *cambiar* para ser *iguales*; son ellos y no la sociedad los que deben abandonar o no expresar sus culturas propias para incorporarse plenamente a la sociedad dominante o receptora. Desde esta perspectiva, se entiende que la asimilación es el resultado natural e inevitable del contacto interétnico e intercultural.

Educación intercultural

La *educación intercultural* es una de las cinco escuelas o tipos de educación, junto con la *racista o segregadora*, la *asimilacionista*, la *integracionista o compensadora* y la *pluralista*. Los fundamentos de la educación intercultural son:

- a) Considerar la diversidad humana no como un problema sino como algo positivo y sobre todo como una gran oportunidad de intercambio y enriquecimiento. Desde esta perspectiva es preciso educar en la pluralidad de sistemas, creencias, estilos de vida, culturas, modos de analizar las experiencias familiares, maneras de enfocar los acontecimientos históricos.
- b) Estimar que el sistema educativo monocultural es pedagógicamente incoherente en el sentido de que no despierta la curiosidad en los niños acerca de otras sociedades y culturas, bien porque no se le pone frente a ellas o bien porque se le presenta en forma no precisamente abierta e interrogativa. Además, la educación monocultural no desarrolla la capacidad de imaginación ya que ello consiste en la habilidad para concebir alternativas y difícilmente se puede hacer cuando no se le presentan más opciones que su propia sociedad y cultura.
- c) La educación intercultural va dirigida a todos. Por su propia naturaleza, la educación en y para la interculturalidad es necesaria para todas las sociedades y culturas y para todas las categorías de personas. La aplicación restringida solamente a centros

con presencia de minorías étnicas de políticas educativas diseñadas para preparar para convivir en una sociedad multicultural, distorsiona el sentido de la misma y se ha cerrado generalmente con fracasos.

- d) La educación intercultural debe sopesar bien la relevancia de los factores culturales tanto étnico, religiosos o lingüísticos a fin de que ello no genere efectos contraproducentes y la división. Los planteamientos interculturales deben dirigirse a la no separación física de alumnos de diferentes culturas porque la diversidad enriquece en la medida de que ningún individuo puede llegar a instituir su propia diferencia como elemento positivo de su identidad si no es, a la vez, reconocida por los demás.
- e) La educación en la interculturalidad exige de la participación del conjunto de los colectivos de la comunidad.

Convivencia

La convivencia, al contrario de la coexistencia, hay que construirla, e implica entre otras cosas, aprendizaje, tolerancia, normas comunes y regulación del conflicto. Como acción de convivir, lo más destacable es que la convivencia requiere aprendizaje, es un arte que hay que aprender.

La convivencia implica a dos o más personas o grupos que son diferentes, en una relación en la que siempre intervienen otros y que, además, está sujeta a cambios incesantemente, exige adaptarse a los demás y a la situación, ser flexible.

La convivencia exige tolerancia en el sentido no de concesión graciosa, paternalista y misericorde con el otro, al que se domina, sino en el sentido de aceptar aquello que es diferente. Una actitud intolerante está reñida con el establecimiento de relaciones armoniosas o de convivencia porque rechaza al otro, ya sea en su totalidad o en algunos aspectos esenciales en la vida de relación.

La convivencia necesita del establecimiento de unas normas comunes -normas de convivencia- en una regulación del espacio social, unas responsabilidades; en fin, unas reglas de juego aceptadas y cumplidas por todos.

La convivencia no es algo opuesto al conflicto, ni significa ausencia de conflictividad, pero sí requiere regulación y resolución pacífica de los conflictos.

Interculturalidad

Surgido desde el campo educativo y con aportación desde otros ámbitos como la sociología, la antropología o la psicología, es un concepto que trata de superar las carencias del concepto de multiculturalismo que, tal vez, denota una situación más bien estática de la sociedad, al contrario que ésta, que trata de reflejar, de manera dinámica, la interacción de diferentes culturas entre sí.

La interculturalidad desde la educación se fundamenta en la consideración de la diversidad humana como oportunidad de intercambio y enriquecimiento; en la incoherencia pedagógica de la educación monocultural, en su aplicación generalizada a todo el colectivo en el convencimiento de que ningún individuo puede llegar a instituir su propia diferencia como elemento positivo de su identidad si no es, a la vez, reconocida por los demás.

Desde el punto de vista del proyecto sociopolítico, la sociedad intercultural es un proyecto político que, partiendo del pluralismo cultural ya existente en la sociedad -pluralismo que se limita a la yuxtaposición de la cultura y se traduce únicamente en una revalorización de las culturas etnográficas-, tiende a desarrollar una nueva síntesis cultural.

Las propuestas interculturales suponen no tanto una superación del multiculturalismo como su revitalización, aportándole el necesario dinamismo y la dimensión de interacción e interrelación entre grupos y minorías étnicas diferenciadas, aspectos sin los cuales el multiculturalismo puede quedar en coexistencia y no servir como base de ciudadanía común de sujetos diferenciados. Esta definición resalta la idea de nueva síntesis, la idea de la creación de algo nuevo, de expresiones culturales nuevas.

A diferencia del modelo de fusión cultural -en los que existe pérdida de identidad propia-, supone la elaboración de modelos originales procedentes de las culturas en presencia que se incorporan a la cultura nacional de base reforzada y renovada.

Por lo tanto los elementos centrales del interculturalismo serían la dimensión política del proyecto, el respeto por y la asunción de la diversidad existente, la recreación de las culturas en presencia y la emergencia de una nueva síntesis.

La noción de interculturalidad introduce una perspectiva dinámica de las cultura y de las culturas; se centra en el contacto y la interacción, en la mutua influencia, el sincretismo, el mestizaje cultural; esto es, la interacción sociocultural en el contexto de la globalización económica, política e ideológica de la revolución tecnológica de las comunicaciones y los transportes. Se habla de ciudadanía común y diferenciada.

Pluralismo cultural multiculturalismo

Pluralismo cultural o multiculturalismo es aquella ideología o modelo de organización social que afirma la posibilidad de convivir armoniosamente en sociedad grupos o comunidades étnicas, cultural, religiosa o lingüísticamente diferentes. Valora positivamente la diversidad sociocultural y tiene como punto de partida que ningún grupo tiene por qué perder su cultura o identidad propia.

En este modelo, la diversidad existente no desaparece sino que se mantiene, se recrea; no desaparece ni por adquisición de la cultura dominante y abandono del original ni por el surgimiento de una cultura integradora con los aportes de los preexistentes. La diversidad cultural se considera algo bueno y deseable, se fomenta la práctica de tradiciones etnoculturales, se buscan vías para que la gente se entienda e interactúe respetando las diferencias.

Los fundamentos esenciales del pluralismo cultural/multiculturalismo se pueden sintetizar en:

- 1) Aceptación de las diferencias culturales, étnicas, religiosas, lingüísticas o raciales y su valoración positiva. La organización de la vida en sociedad se realiza sobre bases comunes y respetando las tendencias diferentes así como las complicaciones que ello conlleva.

- 2) Defensa y reivindicación explícita del derecho a la diferencia, el derecho a ser distinto en valores, creencias, adscripción étnica etc. Se pone el acento en la diferencia como derecho, al mismo nivel que otras situaciones, por ejemplo de sexo-género.
- 3) Reconocimiento general de la igualdad de derechos y deberes, elemento esencial en todo pluralismo.

Nuevo racismo

El *nuevo racismo*, al contrario que el viejo, no se sustenta en supuestas bases científicas, sino que se manifiesta en un discurso más atomizado, ideológico, lingüístico o político.

Al contrario que el racismo de viejo cuño, no se parte de la superioridad o inferioridad de unos seres humanos respecto de otros, se afirma explícitamente que no hay culturas peores ni mejores.

Sin embargo, se considera como *natural* que los seres humanos se agrupen en comunidades delimitadas, cerradas y mutuamente excluyentes, con clara conciencia de ser diferentes del resto. Se entiende como *natural* que la gente quiera vivir con su propia gente y por lo tanto se justifica la discriminación con aquellos que no son considerados de la propia comunidad.

Se pueden resaltar tres elementos específicos:

- 1) Se pasa de la consideración o manejo del concepto de raza al de grupo étnico o minoría etnocultural, esto es, ha habido una culturización de la problemática. Bajo esta perspectiva, no es solamente la raza, sino que la etnicidad y la cultura individual pueden ser instrumentos de prejuicio y estratificación.
- 2) El referente agredido/defendido no es solo o preferentemente el otro interno sino el otro externo, el extranjero que se encuentra entre nosotros, tomando carta de naturaleza la xenofobia.
- 3) El racismo científico o doctrinario pierde fuerza ocupando su lugar el civil o institucional. Se habla, así, del racismo institucionalizado para referirse al aspecto social y estructural del racismo y a la manera en que los prejuicios y estereotipos son incorporados en los sistemas legales, administrativos y sociales.

Fusión cultural

El núcleo central de esta propuesta, al estilo de un modelo de crisol, es que la idea de cultura nacional o identidad cultural de un determinado país o entidad debe configurarse a partir de las contribuciones de todos los sectores segmentos en él representados o a él incorporados.

En este modelo las poblaciones participantes pierden o ven radicalmente transformadas sus culturas de origen, se produce una operación de resta o sustracción cultural. El resultado final de este proceso es una sociedad homogénea.

Aunque para algunos no es más que una variante del asimilacionismo con el que coincide tanto en la pérdida cultural como en la homogeneización. Sin embargo el modelo de fusión cultural mantiene sus diferencias

- 1) En primer lugar, en este caso el proceso de fusión afecta a todos los segmentos socioculturales implicados, sean mayoritarios o minoritarios; es decir, la responsabilidad de la integración no recae unilateralmente en los foráneos y recién llegados, sino también en la sociedad y estado receptores, siendo así la integración un proceso de todos.
- 2) En segundo lugar, en el modelo de fusión cultural se reconoce la aportación de las poblaciones participantes pues el producto es el resultado de todas las contribuciones.

Exclusión

Es el proceso social por el que una persona o grupo social no se desarrolla de forma integrada dentro de una determinada sociedad, generalmente debido a razones de fuerza mayor que así lo han determinado.

La falta de participación política, económica, social o cultural, es uno de los síntomas visibles de esa exclusión. A diferencia de la marginación, que indica una discriminación profunda en la integración, la exclusión se refiere a un proceso estructural de separación y, por lo tanto, resulta difícil de revertir a menos que se lleven a cabo programas de integra-

ción que ataquen las raíces del problema. Aunque hay situaciones de autoexclusión, estas son excepcionales y los actuales procesos afectan a miles de millones de personas en el mundo, sobre todo en los países del Sur pero también, y cada vez en mayor medida, en los países industrializados.

La ideología neoliberal propone el logro de unas metas económicas definidas por la sociedad competitiva e innovadora que excluyen del mercado, de la participación política, social y cultural a más de las tres cuartas partes de la población mundial, porque la economía solo incorpora aquellos recursos humanos capaces de absorber los cambios tecnológicos y rechaza aquellos que, por su discapacidad natural o adquirida, no se pueden adaptar a las reglas de la competencia sin apelar a la protección o al subsidio.

Su sistema social se basa en un código moral donde se premia el éxito y donde la pobreza no es más que el justo castigo que se merecen aquellos que son ineficientes, además de la expresión del orden natural de las cosas. Los que tienen éxito y acceden a la modernidad no *explotan* a la parte de la población inadaptada sino que lisa y llanamente los *ignoran*, convirtiéndose así los pobres en *innecesarios*.

La exclusión, sin embargo, no es un fenómeno exclusivo del Sur. Las sociedades industrializadas del Norte son cada vez más duales y poseen en su seno mecanismos de discriminación social. La crisis y el desmantelamiento del Estado de Bienestar de la posguerra han contribuido al aumento de las diferencias entre los distintos grupos de renta, apareciendo importantes bolsas de pobreza, marginación.

Enclave étnico

Se refiere a la existencia de agrupaciones o concentraciones de personas pertenecientes a un determinado grupo étnico, religioso o lingüístico fuera de su territorio de origen y dentro, por lo tanto, de un territorio ajeno. En lo que se refiere a migraciones internacionales se aplica concretamente a las concentraciones o agrupaciones de inmigrantes, o más en general, de personas de origen extranjero en las sociedades receptoras de la inmigración.

Aparece definido bien como territorio incluido en otro con diferentes características políticas, administrativas, geográficas etc; o bien como grupo étnico, político o ideológico inserto en otro y de características diferentes

Excepto en algunos casos de enclaves ocupacionales que llevan consigo la concentración de sus protagonistas, la mayoría de los enclaves tiene una configuración geográfica o territorial, pudiendo ser rurales o urbanas.

A pesar de las similitudes no hay que confundir el enclave étnico con gueto ya que, aunque ambas tienen una dimensión espacial o territorial, el carácter de territorialidad es diferente, pues mientras el gueto clásico es un espacio delimitado dentro de su misma sociedad de pertenencia, el enclave étnico supone la inclusión o inserción de un grupo foráneo en un territorio nuevo, diferente al de origen. Si el gueto es monoterritorial, el enclave sería bi o multiterritorial

Gueto

Es la congregación de grupos particulares que comparten las mismas características étnicas y culturales en sectores específicos de la ciudad y que, a menudo, adquieren la forma de áreas segregadas. Normalmente simboliza todo lo negativo de una ciudad como delincuencia, polución, ruido, malas condiciones higiénico-sanitarias, teniendo a su vez connotaciones racistas.

Los guetos son una creación social del *desarrollo/progreso* que se reproduce en el tiempo y en el espacio, como fracaso de integración de los inmigrantes. Los guetos no surgen únicamente en los suburbios de las grandes ciudades sino que también se conocen en ciertas áreas rurales, especialmente donde la agricultura demanda mano de obra barata.

El gueto contiene aspectos y dimensiones étnicas y socioeconómicas porque no todo barrio pobre es un gueto, sino solo aquellos donde además se da la segregación racial. Tampoco todo enclave étnico constituye de por sí un gueto, sino solamente aquellos subordinados social y económicamente. La identidad étnica de un asentamiento es condición necesaria pero no suficiente para convertirse en gueto.

Lo específico del gueto viene dado por la identidad sociocultural compartida por la situación de marginación social, económica y cultural que viven sus habitantes. En el gueto, el inmigrante desarrolla un espacio cultural propio, operando como refugio étnico y cultural donde de alguna forma los individuos en proceso de aculturación pueden reafirmar su identidad. El gueto no es una mera reproducción de la cultura de origen, sino que desarrolla su propia dinámica.



Integración

Es tal vez el término más usado en el campo de la política social sobre inmigración y el más controvertido, que siempre ha ido acompañado de dudas y recelos por cuanto se considera que, en el fondo, es un modelo de asimilación de hecho pero disfrazada.

La integración es un proceso en el cual un grupo de una cultura distinta (incluida la religión) se adapta a, y es aceptado por, un grupo más amplio sin ser forzado a cambiar su cultura y prácticas asociadas en favor de los de la mayoría. En este sentido presenta numerosas similitudes con el pluralismo cultural, en el sentido de que propugnan la coexistencia mutuamente aceptada de culturas diferentes dentro de una determinada sociedad.

También se puede entender como la interpenetración de los miembros y elementos culturales de dos poblaciones en una única y nueva estructura social, asemejándose en este caso al modelo de fusión cultural

El concepto de integración se opone al de asimilación porque indica la capacidad de confrontar y de intercambiar en una aposición de igualdad y de participación, valores, normas y modelos de comportamiento tanto por parte del inmigrado como por parte de la sociedad de acogida.

En este sentido, la integración es un proceso gradual por el que los nuevos residentes llegan a ser partícipes activos de la vida económica, cívica, cultural y espiritual del país de inmigración, de modo que la minoría se incorpora a la sociedad receptora en igualdad de condiciones, derechos, obligaciones y oportunidades con los ciudadanos autóctonos sin que ello suponga pérdida de sus culturas de origen al tiempo que la mayoría acepta e incorpora los cambios normativos, institucionales e ideológicos necesarios para que ello sea posible.

Este concepto descansa sobre la creencia en la importancia de la diferencia cultural dentro de un sistema de unidad social y reconoce el derecho de grupos e individuos a ser diferentes, en la medida de que tales diferencias no lleven a la dominación o a la desunión.

Segregación y discriminación

La segregación es una forma institucionalizada de discriminación respaldada bien por la ley o por la costumbre, aunque algunos consideran que se trata de dos fenómenos diferentes. En cualquier caso, ambas son modalidades de exclusión social.

Se diferencian en que mientras la segregación mantiene al grupo racializado a distancia y le reserva espacios propios que únicamente pueden abandonar en determinadas condiciones, la discriminación impone un trato diferenciado en diversos ámbitos de la vida social. Por lo tanto, la diferencia radica entre *espacio* y *trato*, o más concretamente, la distinción entre la estrategia dominante de reducción a un espacio y de

aplicación a un trato desigual, un espacio entendido no solamente en términos físicos sino también sociales. A diferencia de la discriminación, la segregación es siempre impuesta desde fuera a un grupo en razón de su raza, sexo, religión, etc.

La segregación puede ser *de hecho* -como la separación racial en las escuelas de algunos barrios de los EEUU, o *de derecho* -apartheid en Sudáfrica-, y puede adoptar dos formas, una física y otra de relación humana. La primera consiste en un proceso por el cual se crea la distribución espacial de los individuos, mientras que la segunda consiste en una estratificación social más o menos acentuada.

Etnocentrismo

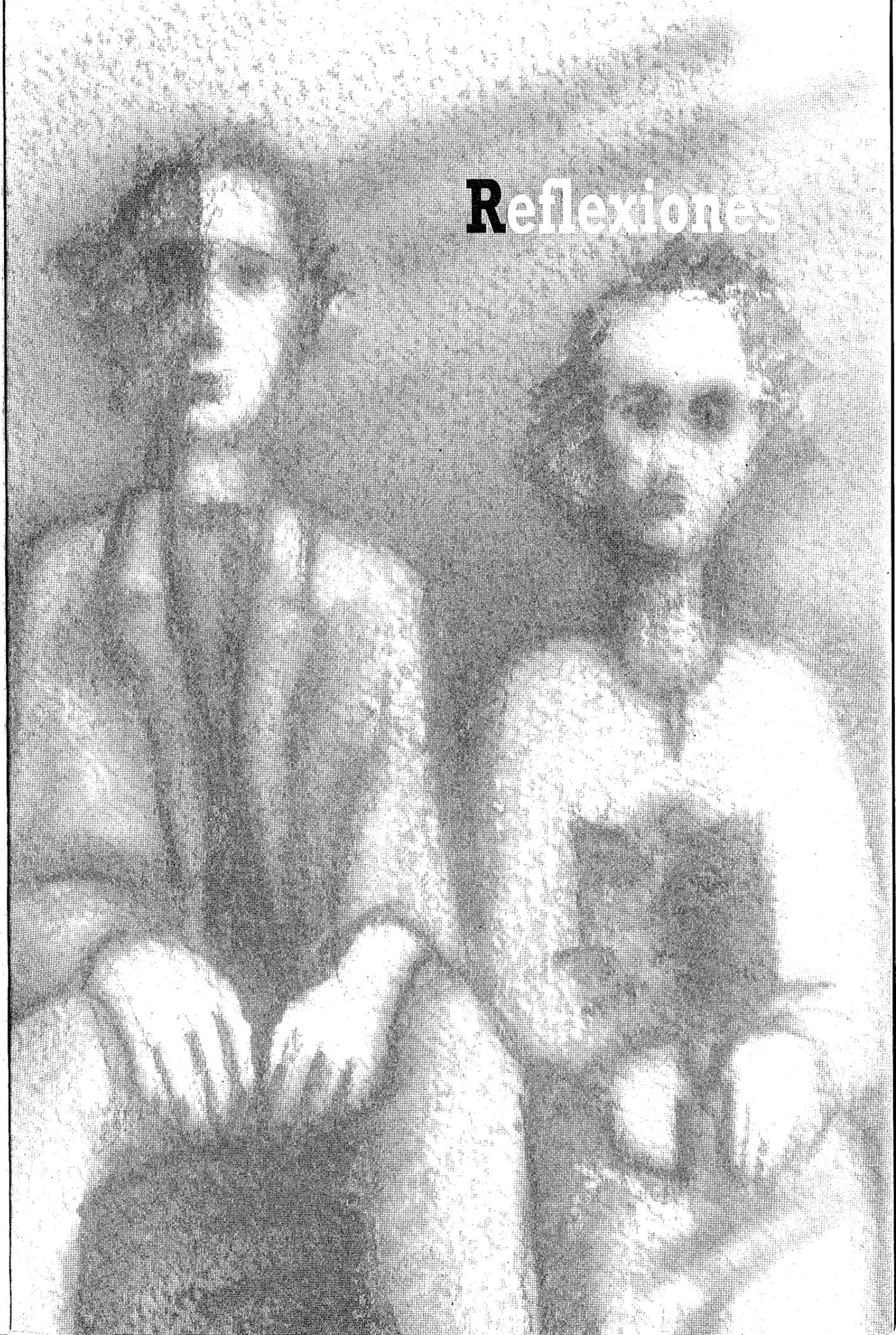
Es aquella situación en la que el propio grupo es el centro de todo y todos los demás son valorados y clasificados a partir de su relación con él. Se juzgan o valoran las demás culturas desde la propia, valorándose el estilo de vida o costumbres de uno como apropiadas, mejores o normales y las del grupo externo como ajenos, como inferiores, extrañas o incorrectas. Es aquella tendencia que supone el universo girando en torno al pueblo propio al que considera situado siempre en la posición correcta y todos los demás como equivocados e incorrectos.

Se resaltan, por lo tanto, dos aspectos: 1) lo que de etnocéntrico hay en la cosmovisión de los pueblos y 2) cómo la diferencia se hace valoración, jerarquía y desigualdad.

El etnocentrismo implica, por lo general, actitudes de prejuicio así como desconocimiento de, y desconfianza hacia, otras culturas, así como la incapacidad de reconocer que la diferencia cultural no implica la inferioridad de aquellos grupos étnicamente distintos al propio.

El etnocentrismo no es un fenómeno exclusivo de las sociedades occidentales, está presente en todas las culturas, en todos los pueblos y sociedades.

Reflexiones



¿Qué dice la ciencia?

LA NOCIÓN DE RAZA CARECE DE TODO FUNDAMENTO CIENTÍFICO

El racismo se basa en dos afirmaciones que presenta como evidencias: la especie humana está compuesta por grupos bien definidos, con características biológicas distintas, las "razas"; esas razas pueden clasificarse jerárquicamente según una escala de "valor".

Ambas afirmaciones aparecen formuladas como verdades irrefutables en un libro que han leído todos los escolares franceses de la primera mitad de este siglo, *Le Tour de la France par deux enfants* (La vuelta a Francia por dos niños). Al visitar Marsella a los niños les sorprende la diversidad física de sus habitantes. Ello ofrece una buena ocasión para hablar de las cuatro razas humanas -la blanca, la roja, la amarilla y la negra-, cuya descripción concluye con este comentario: "la raza blanca es la más perfecta".

El autor ha tenido la precaución de representar cada raza por un personaje sumamente digno; ha admitido además que todas eran "perfectas"; pero no ha podido abstenerse de dar primacía dentro de esa perfección a la raza blanca.

Ante esas dos afirmaciones, el papel de la ciencia es aportar rigor y lucidez -para no confundir las fantasías con la realidad.

La diversidad de los seres vivos es a la vez maravillosa y desconcertante. En ese caos, el método científico procura ante todo introducir cierto orden proponiendo una clasificación. La más conocida es la de Linné. Este naturalista sueco imaginó un árbol cuyas ramificaciones sucesivas permiten distinguir dos "reinos" (animal y vegetal); luego, en cada reino, varias "clases" (así, los mamíferos dentro del reino animal); en cada clase, varios órdenes (el de los carnívoros, por ejemplo); en cada orden, varios géneros (así, el género *Canis*); y por último, en cada género, varias "especies".

En esta sucesión de categorías las fronteras son a menudo imprecisas o arbitrarias, salvo para las especies. Un criterio objetivo permite, en efecto, determinar la pertenencia a una misma especie. Se trata de la interfecundidad: los individuos pertenecen a una misma especie cuando son capaces de procrear y obtener una progenitura fecunda.

Pero a menudo una especie está compuesta de un número tan elevado de miembros que resulta tentador, y científicamente lógico, proseguir la clasificación definiendo grupos relativamente homogéneos dentro de esa especie. Quedan por definir los criterios para trazar las fronteras entre esos grupos, calificados generalmente de "razas".

Recién a partir del siglo XVIII los científicos empiezan a poner un poco de orden en las ideas que circulaban sobre el tema. Su primera tarea fue determinar qué características había que tener en cuenta para comparar a los individuos entre sí. Naturalmente se trataba de caracteres observables: talla, color, forma. A lo largo del siglo XIX el número de razas que componen la especie humana fue un tema muy debatido por los antropólogos. Las cuatro razas clásicas, basadas en el color de la piel, eran evidentemente insuficientes para explicar las diferencias observadas. ¿Había que dividir a la humanidad en diez, cien o mil razas? El debate hubiera podido eternizarse si la irrupción de una nueva disciplina, la genética, no hubiera modificado por completo la problemática.

A partir de 1900 el redescubrimiento de los conceptos introducidos por Mendel permite comprender que las apariencias, los "fenotipos", son la manifestación de factores ocultos en los núcleos de las células: los genes (cuya asociación en cada individuo constituye su "genotipo"). Así, los padres transmiten a los hijos, no una característica observable, sino la mitad del patrimonio genético que determina ese fenotipo. Los genitores no transmiten lo que son, sino la mitad del conjunto de informaciones que les han permitido llegar a ser lo que son.

Era preciso, por tanto, replantearse todo el problema. Para tener en cuenta la realidad estable de una población la única comparación posible debe basarse en lo que esa población transmite por generación, es decir en su patrimonio genético, y no en la apariencia, que es sólo una manifestación de aquél.

EN BUSCA DEL GEN

El primer paso consistió en buscar genes "marcados", cuya posesión probaría la pertenencia a una raza. Si todos los miembros de una población fuesen portadores de determinado gen que no se encuentra en otra parte, las cosas serían muy sencillas. Pero esos genes no han podido hallarse. La mayoría de ellos están presentes en casi todas las poblaciones humanas. Algunos, probablemente como resultado de mutaciones recientes, se encuentran sólo en ciertos grupos humanos; pero, incluso en ese caso están poco difundidos y por consiguiente no constituyen un marcador.

Lo que distingue a los grupos no es la presencia o la ausencia de un gen, sino su frecuencia. El gen B del sistema sanguíneo representa 25% del patrimonio genético de la población de la península india, pero esa proporción disminuye a medida que nos alejamos hacia el oeste: 15 a 20% en Rusia, 10 a 15% en Europa central, 5% en Francia y en el Reino Unido, 0% entre los vascos.

La definición de las razas sólo puede resultar de un procedimiento lógico que tenga en cuenta estas diferencias de frecuencia. El punto de partida es un cuadro que muestre respecto de todas las poblaciones las frecuencias de un número de genes lo más elevado posible. Los datos actualmente disponibles permiten avanzar en esta dirección teniendo en cuenta una gran cantidad de observaciones. Se considera entonces que pertenecen a una misma "raza" las poblaciones que presentan frecuencias aproximadas para la mayoría de los genes.

Un tratamiento riguroso del problema exige la definición de una "distancia" genética entre las poblaciones. Una vez que se ha calculado el conjunto de las distancias entre todas las poblaciones, corresponde considerar que pertenecen a una misma raza las poblaciones que presentan entre ellas distancias reducidas, y a razas diferentes aquellas cuya distancia genética es grande.

Si se representa a esas poblaciones con puntos cuyas distancias en el papel son proporcionales a las distancias genéticas, se obtiene, para la especie canina, un esquema (A) en el que cada nube de puntos puede considerarse una raza. En cambio, si se representa el conjunto de poblaciones humanas (B) no se obtienen nubes claramente definidas, sino una nebulosa de

puntos que es imposible agrupar sin caer en la arbitrariedad. Es cierto que las poblaciones X e Y están genéticamente más próximas entre sí que de la población Z, pero no se sabe dónde trazar la frontera.

Se impone una conclusión: la noción de raza no puede aplicarse a las poblaciones humanas: hay diferencias evidentes, por ejemplo, entre lapones y pigmeos, pero el paso de unos a otros se realiza, sin un salto brusco, a través de poblaciones intermedias.

La causa de esta imposibilidad es explicable. Para que el patrimonio genético adquiera cierta originalidad, para que se distinga significativamente del de los grupos vecinos, tiene que permanecer rigurosamente aislado durante un periodo muy prolongado, un número de generaciones casi equivalente al número de individuos en edad de procrear. Ese aislamiento puede traducirse en los animales, pero es inconcebible en una especie tan acicateada por el nomadismo y la curiosidad como la nuestra. Al atravesar las montañas y los océanos, hemos homogeneizado nuestros patrimonios genéticos.

Algunas cifras permiten ilustrar esta afirmación. La diversidad genética total de nuestra especie se explica sólo en 7 a 8% por las distancias entre las cuatro grandes "razas" clásicas, en 7 a 8% por las distancias entre naciones dentro de esas razas, y en 85% por las distancias entre grupos pertenecientes a una misma nación. Lo que equivale a decir que las diferencias esenciales se sitúan dentro de los grupos y no entre ellos. Por consiguiente, la noción de raza tiene tan poco contenido que la palabra misma carece de significado y debería ser eliminada de nuestro vocabulario.

DE LA CLASIFICACIÓN A LA JERARQUÍA

No obstante, por arbitraria que sea, una clasificación es indispensable. Pero, es casi un reflejo condicionado, al menos en la cultura occidental, ver en una clasificación el punto de partida de una jerarquía: dos objetos al no ser idénticos no son "iguales" y por consiguiente uno es superior al otro. Ese reflejo se nos ha inculcado desde la escuela primaria donde aprendemos que cuando dos números no son iguales, uno es mayor que el otro.

Lo que es verdadero para los números es falso cuando se trata de conjuntos de medidas. En este caso lo contrario de igual no es "superior" sino "distinto". Sólo puede existir un "orden jerárquico" entre objetos caracterizados por una sola medida. Una piedra es más pesada, o más densa, o más voluminosa que otra; sólo puede ser globalmente "superior" si sintetizamos el conjunto de todas esas medidas en una sola.

Es el procedimiento adoptado por ciertos psicólogos cuando se proponen comparar la capacidad intelectual de los individuos. Algunas razonan con más rapidez, en otros la memoria es más poderosa, otros aun plantean preguntas más pertinentes: poseen perfiles psicológicos diferentes. Pero la pregunta "¿cual es más inteligente?" sólo tiene respuesta si esta inteligencia se mide con un parámetro único. De ahí el éxito del famoso "coeficiente intelectual" o Q.I. No mide nada claramente definido, pero permite razonar como si hubiese una jerarquía de inteligencias.

Los grupos humanos tienen en todos los campos capacidades diversas. Ya sea por naturaleza o gracias a la cultura, los pigmeos saben resolver los problemas de la vida en la selva ecuatorial mejor que los lapones, quienes son insuperables, en cambio, cuando se trata de enfrentar el frío polar. Esas dos poblaciones son diferentes, pero ninguna es superior a la otra.

Desafortunadamente la creencia en este tipo de jerarquías está profundamente arraigada en nuestras mentes y se ha trivializado a tal punto que la aceptamos sin reaccionar. Así, admitimos la idea de que los criadores han "mejorado" la raza equina, cuando en realidad sólo han mejorado la velocidad de algunas razas en desmedro de su potencial biológico. Esos "pura sangre" son en realidad ejemplares débiles, cuya única ventaja es su velocidad en distancias cortas.

La frase que mencionamos al principio acerca de "la raza blanca más perfecta que las demás" no sólo es un error, sino que carece totalmente de sentido. Pero es más difícil luchar contra ese tipo de afirmaciones, que no significan nada, que contra inexactitudes.

Por ese motivo es probable que la batalla contra el racismo no concluya nunca. Aunque el genetista demuestre que la noción de raza carece de fundamento y el especialista en lógica sostenga que es absurdo considerar jerarquías globales, ello no modificará en absoluto la actitud racista porque ésta, fundamentalmente, hace caso omiso de la realidad biológica y de la lógica.

LA TENTACIÓN DEL MENOSPRECIO

El racismo es esencialmente una manifestación de menosprecio; un menosprecio que no está motivado por determinadas características del individuo, sino por su pertenencia a un grupo: "todos los ... son ...". La causa de ese sentimiento es la falta de confianza en sí; su desenlace es la destrucción de sí mismo.

¿Qué es un ser humano sino un animal cuya principal característica es la capacidad de autorrealización gracias a los demás? Mi "yo" ha surgido de los "tú" que me fueron dirigidos, se construye con los lazos que tejo con los demás.

Pero esos lazos no se establecen sin esfuerzo y sin temor. El otro representa a la vez una riqueza y un peligro. Hay que afrontarlo, es decir colocarse frente a él, inteligencia contra inteligencia. El intercambio no puede ser fructífero si no existe un mínimo de confianza en sí mismo y en los demás.

El racista es aquel que no confía en sí mismo. Para ocultar ese temor, se pavonea y adopta aires de superioridad. Manifiesta menosprecio para ocultar el vértigo ante su propia vacuidad.

Resulta fácil demostrar científicamente la imposibilidad de definir la noción de raza humana o de utilizar globalmente el concepto de jerarquía, pero la contribución más útil de la ciencia a la lucha contra el racismo se sitúa en otro terreno: favorecer una comprensión más lúcida de lo que cada ser humano representa -una maravilla que cada cual debe construir gracias a los demás.

Albert Jacquard

Fue profesor de la Universidad de París V y de la Universidad de Ginebra y dirige actualmente el servicio genético del Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED) de París.

El Correo de la UNESCO
Marzo, 1996

Universalidad solidaria versus particularismo etnocéntrico

Si echamos una mirada al mundo contemporáneo, observamos una serie de fenómenos aparentemente contradictorios e inconexos. Por una parte nunca como ahora formamos parte toda la humanidad de una *aldea global*, interrelacionada por los medios de comunicación y caracterizada por la *integración*, el *universalismo* y la *globalización*; el mundo se ha convertido en un gran mercado, en el que libremente transitan capital, tecnología, recursos, empresas y productos.

Algunos analistas explican el incremento de esta "integración universalista" por el triunfo del *capitalismo liberal*, de naturaleza transnacional y expansionista; ello explicaría la ruptura de fronteras étnicas y culturales cerradas. Por otra parte con la caída de los Estados Comunistas, el imperante Capitalismo habría desarrollado aún más su dimensión universalista, integradora y globalizadora.

Ahora bien, esta expansión capitalista mundial produce dialécticamente otros efectos, socialmente necesarios, como son la desintegración social, las fanáticas resistencias nacionalistas y los baluartes étnicos particularistas. ¿Porqué estos procesos contrarios a la globalización universalista? Porque el capitalismo, a la vez que integra la producción y el mercado, conlleva el incremento de la *competencia* entre los diversos sectores sociales y entre los diversos países, distancia aún más el Norte/Sur, y jerarquiza aún más la estructura desigual del poder económico en manos de la docena de países ricos del Primer Mundo. Este proceso debilita la soberanía nacional y las lealtades de etnia y religión, por lo que a veces estas fuerzas sociales explotan en un exagerado fanatismo étnico-nacionalista-religioso. En este sentido algunos autores hablan de cómo en nuestra sociedad moderna de consumo se opera a la vez un proceso "universalista" de homogeneidad económica, cultural y social, que podría metafóricamente denominarse de *destribalización* a nivel estructural; y a la vez se produce dialécticamente un proceso "particularista", etnocéntrico y nacionalista de *retribalización* a nivel simbólico de identidad étnica.

Aplicada dicha perspectiva a nuestro país, puede decirse que hoy España más que nunca es una socie-

dad capitalista de consumo, con un único sistema económico y mercado nacional e internacional, una red de comunicaciones en que no existen regiones y pueblos aislados, unos medios de comunicación de masas, como la televisión, que llega prácticamente a todos los hogares españoles, y que socializa a todos en similares valores y ensoñaciones colectivas. España ha dejado de ser "diferente", entrando en la corriente europeísta y universalista, rompiendo barreras regionales internas e internacionales, a nivel estructural, económico, cultural y social. Y sin embargo, a nivel simbólico y político administrativo, se ha dado en los últimos años un *revival* de las diferencias, un afianzamiento de la singularidad y del particularismo.

En saber armonizar esa dimensión universalista abierta y esa conveniente lealtad étnica y patria, consiste el desafío del futuro. Si el equilibrio se rompe, suele hacerse por el punto más flojo y débil, que es la "abstracta" dimensión universalista. Parece ser que en caso de conflictos de lealtades y competencia de recursos, se incrementa el particularismo étnico-nacional con el rechazo del "otro y del diferente", recrudesciéndose los prejuicios y la búsqueda de chivos expiatorios; y por eso mismo, son en esas crisis sociales donde hay que mantener la cabeza clara y el corazón abierto.

La sociedad europea y española, precisamente ahora, nos está mostrando a la vez esas dos caras ambivalentes y ambiguas: las del horror sangriento y racista, y la de la solidaria defensa del otro diferente. Intentemos dar unas pinceladas impresionistas de este panorama en claro-oscuro de luces solidarias y sombras xenófobas.

Tomás Calvo Buezas

Educador para la tolerancia.

Editorial Popular-Jóvenes contra la intolerancia.

Madrid, 1993

¿Un derecho a desplazarse?

"Cada época tiene su Inquisición. Nuestra época utiliza el pasaporte para suplir la tortura medieval. Y el paro"

Traven, The Death Ship, 1925

Alrededor de 100 millones de personas, el 2% de la población mundial, residen actualmente en países de los cuales no son ciudadanos.

[...] Las actitudes hacia la migración y las normas que la rigen tienen una importancia política cada vez mayor: el número de migrantes que se desplazan por obligación o por elección esta creciendo rápidamente; las condiciones físicas en las cuales viven muchos migrantes están entre las peores del mundo; en algunos contextos políticos se culpa a los migrantes de toda clase de males sociales y están siendo objeto de ataques físicos y políticos; en Europa, una nueva extrema derecha hace de la retórica y/o de las acciones anti-inmigrantes parte central de su postura política; durante 1993 casi todos los países de Europa Occidental cambiaron su legislación o su constitución con el fin de reducir los derechos existentes a la migración a través del asilo.[...] Sus migraciones pueden ser categorizadas a través de varios ejes: uno que va desde la obligatoriedad hasta la voluntariedad; otro desde las cortas hasta las largas distancias de migración (y la dis-



tancia podría ser vista tanto desde un punto de vista geográfico como social) y un tercero, más discutible, que abarca desde la migración no económica a la migración económica. Un análisis económico o social tendría que justificar las grandes diferencias tanto en las causas como en las consecuencias que estos contrastes implican. Sin embargo, mi objetivo aquí es analizar lo que las migraciones y las actitudes hacia ellas parecen tener en común.

A pesar de las enormes diferencias en las circunstancias de las migraciones, y a pesar de la gran variedad de puntos de vista teóricos e ideológicos desde los cuales se examina la migración, yo percibo dos tipos de actitudes hacia la migración que sorprendentemente comparten casi todos los discursos: uno es una actitud negativa, explícita o implícita, hacia la migración; el otro es un sorprendente choque entre la lógica aplicada a la migración y la lógica aplicada a otras cuestiones.

En ninguna parte son estas cosas más evidentes que en el tratamiento de la migración en la sabiduría admitida sobre los derechos humanos. Si examinamos la ortodoxia actual sobre los derechos humanos en relación a la migración encontramos una profunda, o quizás mejor dicho, una absurda contradicción. La Declaración Universal de los Derechos Humanos, probablemente uno de los documentos que definen nuestra época, contiene los siguientes puntos pertinentes: es un derecho humano universal ser ciudadano de un país, ser libre para moverse dentro de ese país, no tener retenido el pasaporte de ese país, salir y volver a entrar en el país libremente sin ningún tipo de restricciones...y, ¿qué más? Nada. Según esta declaración de derechos tenemos un derecho humano universal para salir pero no un derecho para entrar. La entrada se considera un privilegio que cada estado nación, implícitamente, tiene derecho a negar o conceder dependiendo de la conveniencia política o de algún otro criterio que no es el de los derechos humanos. Algunos países del mundo imponen restricciones sobre la emigración; pero todos, sin excepción, tratan de controlar la inmigración.[...]

La poderosa e importante literatura teórica reciente sobre la justicia ha tendido a evitar la cuestión del derecho a cruzar las fronteras, al desarrollar sus teorías en relación a las comunidades nacionales y no en relación a la raza humana en su totalidad. Aunque esto puede hacer que los argumentos éticos sean más fáciles de aplicar al mundo real, es muy difícil justificarlo teóricamente.

Los esfuerzos en este sentido no resultan convincentes. En el contexto del debate liberal para un mejor trato a los inmigrantes en los países desarrollados receptores, una conocida filósofa política ha intentado recientemente dar una explicación lógica de esta anomalía. (Agnes Heller, "Diez tesis sobre la inmigración", El País, 30.5.1992). Al hacerlo, ha utilizado una analogía entre la nación y la familia. Se acepta, en general, que los miembros de una familia deberían tener el derecho a salir pero que otras personas no tienen el derecho a entrar sin el consentimiento de los actuales ocupantes.

Este razonamiento puede rebatirse en varios sentidos pero el más significativo es que no explica por qué el movimiento de un país se considera un derecho humano mientras que el movimiento a través de fronteras no lo es. Si el hogar es una analogía adecuada para un país debe ser también una analogía apropiada para un pueblo, una ciudad o una provincia. Sin embargo nadie sostiene que los ciudadanos de Kingston deberían tener el derecho a controlar la entrada de los ciudadanos de Surbiton. O la analogía del hogar no es válida o puede legitimar todas las exclusiones, no sólo las nacionales.

En cualquier caso hay otra anomalía en el diferente tratamiento de los movimientos nacionales e internacionales. Las fronteras de los estados nación son el resultado de circunstancias históricas y cambian frecuentemente. Es ésta una concepción muy singular de los derechos humanos, ya que tiene como consecuencia el que una persona tenga un derecho humano universal para migrar de Praga a Bratislava en 1991 (movimiento dentro de un estado nación) pero no en 1993 (movimiento entre estados nación). Parecería que los únicos medios para suministrar coherencia lógica al tratamiento de los derechos a desplazarse son o bien suprimir todos los derechos a desplazarse (reducir los derechos humanos reconocidos) o bien añadir el derecho humano que falta, el de la inmigración (ampliar los derechos humanos reconocidos). Es obvio que hay poca relación entre los derechos humanos contenidos en la declaración universal y lo que sucede en la práctica en el mundo. El hecho de que sea un derecho humano universal tener un trabajo y suficiente comida no ha eliminado el paro o el hambre. El conocimiento de que tales derechos no han sido realizados puede tener no obstante un efecto positivo. Ayuda a definir, aunque sea con poca exactitud, algún tipo de concepto compartido de lo que es inaceptable o indeseable. Pueden servir para legitimar y deslegitimar. Los líderes políticos no dicen que su política sea la de aumen-

tar el paro o hacer que la gente se muera de hambre aunque sea esto lo que realmente se proponen. Esto no quiere decir que la hipocresía sea una buena idea, sino que algún concepto compartido de lo que es aceptable en los asuntos humanos puede tener efectos positivos. El discurso ocasionalmente tiene poder; la legitimación es importante.

Debido a que no está recogida en la lista de los derechos humanos reconocidos, la inmigración casi carece de las normas de un discurso legítimo. [...] La ausencia de estos derechos en un país es lo que justifica el derecho al asilo político. La gente tiene este derecho porque carece de los derechos humanos políticos en su país de origen.

Sin embargo, el derecho de asilo ni siquiera se menciona en relación con la violación de otros derechos humanos universales reconocidos, tales como el trabajo o una alimentación adecuada. De hecho, en los países europeos en los años recientes, ha ocurrido exactamente lo contrario. Se ha hecho una distinción, cada vez mayor, entre los migrantes "buenos" los que huyen de la persecución política, y los migrantes "malos", los económicos, que simplemente buscan una vida material mejor y que, en palabras del escritor marroquí Tahar Ben Jelloun, han sido "demonizados" por los políticos y la prensa. La demonización ha servido, por supuesto, para arrojar sospechas sobre todos los migrantes; la visión oficial que ahora se presenta es que la mayoría son migrantes económicos que fraudulentamente se hacen pasar por migrantes políticos. [...]

La falta de lógica al hacer una distinción entre personas que huyen a causa de una carencia de derechos políticos y los que huyen a causa de una carencia de derechos económicos subraya otra curiosa contradicción, esta vez en un discurso completamente diferente sobre la inmigración. La contra-revolución económica neo-liberal que tanto ha afectado las ideas económicas y la política desde fines de los años 70, sumada al libre comercio y al libre movimiento de capital, ha acentuado la importancia de la responsabilidad personal, la autoconfianza, la autoayuda y la necesidad de flexibilizar los mercados laborales (incluyendo la flexibilidad geográfica). El emigrante "económico", se podría pensar, es un ejemplo perfecto de las virtudes de esos mercados que ahora se nos anima a admirar. Pero parece que incluso en estos días de globalización, cuando los bienes y el dinero se mueven cada vez más libremente, el mercado de trabajo debe detenerse en la frontera.



[...] Este contraste puede verse, o bien como que las cosas que han adquirido más derechos que las personas, o bien como que los capitalistas (los propietarios de las cosas) tienen más derechos que los trabajadores a poner lo que produce su venta en lo que dé el máximo provecho. Las restricciones de la migración son, por tanto, una forma de discriminación de clase. Y lo que es más, casi todas las formas de diferenciación social afectan a la capacidad para migrar en la práctica:

* los capitalistas y los ricos pueden cruzar las fronteras más fácilmente que los trabajadores o los pobres -y no sólo por el costo del viaje.

* Los trabajadores especializados pueden migrar más fácilmente que los trabajadores no especializados. La mayor parte de los principales países desarrollados receptores excluyen ahora, totalmente, a los trabajadores no especializados, pero casi todos admiten a aquellos con las cualificaciones que necesitan. Muchos comentaristas influyentes en política migratoria de los Estados Unidos argumentan que, entre los fundamentos para la inmigración legal, la reunificación familiar debería tener menos importancia que la posesión de cualificaciones.

* La mayoría de los migrantes en la mayor parte de los destinos han sido hombres, aunque los años recientes han visto una fuerte feminización de la migración. [...]

Algunos países (Estados Unidos, por ejemplo) prohíben la inmigración de lesbianas y gays.

* en Europa, especialmente en Gran Bretaña, tanto la legislación sobre la migración como sobre la ciudadanía se están volviendo cada vez más racistas al dar más derechos a la gente blanca que a la de color.

[...] Aunque en principio los derechos humanos son considerados universales, sólo tienen vigor dentro de las fronteras de un estado nación y están estrechamente relacionados con la ciudadanía.

Por ello, incluso las políticas sobre migración más liberales tienden a reducir la totalidad de los derechos jurídicos y/o políticos. Por ejemplo, los ciudadanos de los países de la Unión Europea han adquirido un tipo de libertad de movimiento, residencia y derecho a trabajar en cualquier país de la Unión (los residentes legales de los doce países que no son ciudadanos de ninguno de ellos no tienen ninguno de estos derechos). Cuando los ciudadanos de la Unión registran un cambio de residencia de un país a otro trasladan algunos de sus derechos: pueden ingresar en el sistema de seguridad social de su nuevo país de residencia y votar tanto en las elecciones locales como al parlamento europeo en sus países de residencia. Sin embargo, no pueden votar en las elecciones a su parlamento nacional, ni convertirse en funcionarios estatales. La reducción al absurdo de esta situación es que si todos los ciudadanos de la Unión Europea se beneficiasen de sus nuevos derechos y se fuesen a vivir a un nuevo país nadie podría votar para los gobiernos nacionales. O dicho más razonablemente, cuanto más gente se desplace, menor será la proporción de población gobernada ante quien los gobiernos nacionales tienen una responsabilidad electoral.

Lo único que impediría que la migración condujese a una erosión constante de los derechos y controles democráticos sería que los inmigrantes adquiriesen muy rápidamente derechos tanto políticos como de otro tipo, preferentemente a través de un fácil acceso a la ciudadanía. [...]

Un dato, para administrar el sistema actual de ley de asilo se estima que los países de la Unión Europea gastan alrededor de 7.000.000\$ al año. Esto es parecido a la suma total de ayuda dada por los mismos países al tercer mundo. En general, la cantidad extra ocasionada por administrar los controles de inmigración (por ejemplo los costes policiales extra) debe ser mucho más alta. La fortaleza europea resultará cara en muchos sentidos. [...]

¿Por qué tiene tan poco apoyo la libertad incondicional de los seres humanos a desplazarse de un lado a otro del planeta que habitan? ¿Por qué la idea de la libertad de movimiento se les atraganta a tantas personas, aunque esas mismas personas expongan ideas diferentes respecto a casi todos los demás temas?

Existe un conjunto de posibles respuestas a esta pregunta. O bien la oposición está basada en la irracionalidad y el prejuicio y por ello expresa xenofobia y racismo o hay razones fundadas para esperar que la libertad de movimiento sería perjudicial para los países que envían los migrantes, perjudicial para los países receptores o perjudicial para los propios migrantes.

Los argumentos aparentemente no racistas son una combinación de sinceridad e insinceridad. Cuando Jean Marie Le Pen se preocupa en público por las malas condiciones en las que viven muchos inmigrantes podemos asumir con toda seguridad que él está siendo poco sincero, pero incluso en el caso de los argumentos sinceros mucha de la preocupación se debe a la confusión. Existe una preocupación de que la inmigración está asociada con males tales como el paro. Apenas se ha encontrado ninguna evidencia para establecer esta asociación en estudios serios. De hecho, comparando los países de la Unión Europea, hay más bien una relación manifiesta: aquellos con menos inmigrantes tienden a tener más paro! El miedo a que la inmigración disminuya el poder negociador de los trabajadores en los países receptores tiene mucha más relación con la migración ilegal que con la legal, dado que los migrantes ilegales son especialmente superexplotables. Las restricciones sobre la migración justificadas por su efecto en el mercado de trabajo tienden, por tanto, a tener resultados perversos: a no ser que se hagan cumplir con un rigor fascista tienden a incrementar el número de inmigrantes ilegales. Y es más probable que sea la ilegalidad más que la migración lo que constituye el problema.

Por lo demás, algunos de los problemas que se le atribuyen a la inmigración son, de hecho, el resultado de alguna otra cosa, en particular de la negligencia por parte de los gobiernos sobre algunos problemas económicos y sociales reales. El sentimiento contra la inmigración es probable que crezca en períodos tales como la presente época de economía neoliberal cuando los gobiernos no están atajando estos problemas.

Una vez que estos puntos han sido tenidos en cuenta, creo que poco puede haber de sincero en los análisis contrarios a la inmigración que se hacen en los países

desarrollados receptores. Esto no implica que las relaciones entre personas de diferentes culturas y origen étnico no conlleven problemas reales que pueden ser de muy difícil solución. Pero la historia del mundo evidencia que sin haber inmigración e intercambio estas dificultades también existirán, pero de forma diferente. La inmigración no crea el conflicto; simplemente cambia la forma en que éste se manifiesta.

[...] No será fácil parar esta trayectoria. Pero no hace falta creer en el poder sin trabas de la ideología o de la lógica para pensar que parte del problema es el fracaso casi universal a la hora de considerar la libertad para desplazarse como uno de los derechos humanos básicos, incluso aunque no haya ninguna posibilidad de que pueda ser rápidamente puesta en práctica. Las posiciones progresistas y liberales sobre la inmigración están debilitadas por carecer de un marco utópico que represente lo que en última instancia es deseable y justo. [...]

Si existiese en el mundo un país en el cual viviesen varios grupos étnicos y en el cual el grupo más rico y poderoso dividiese el país en áreas étnicas y prohibiese a los grupos más pobres y menos poderosos entrar en las áreas de los grupos privilegiados excepto bajo estrictas condiciones según las cuales tendrían que llevar pases y someterse a constantes y humillantes controles policiales, que a menudo motivasen desplazamientos forzosos, entonces habría bastantes probabilidades de que fuese declarado un paria por otras naciones debido a su negación de los derechos humanos. Por supuesto un país así ha existido hasta muy recientemente: Sudáfrica bajo el apartheid. Y fue condenado universalmente (si bien, por algunos, hipócritamente). Sin embargo, el mundo, visto como una unidad, es peor en este sentido que Sudáfrica bajo el apartheid. Sobre la cuestión del derecho a desplazarse y los derechos de los inmigrantes cuando se han desplazado, como en muchas otras cosas, el mundo es hoy un macrocosmos del país al que todos los demás países no han podido aceptar (por lo menos en público). La libertad para migrar -y el fin de las leyes mundiales sobre la migración- se constituiría como el principio esencial de un movimiento mundial anti-apartheid.

Bob Sutcliffe

Racismo, antirracismo e inmigración
Gakoa. Donostia 1995

Sociedades plurales, sociedades duales

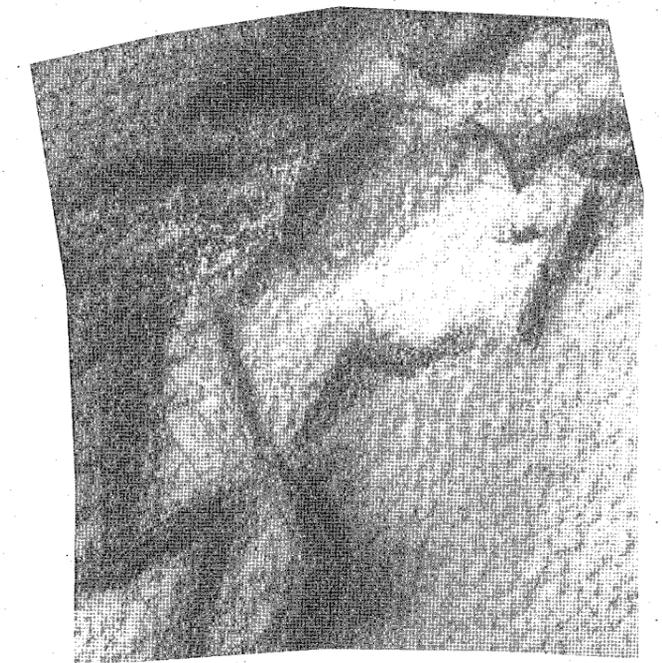
Porque estos hechos no cuestionan sólo (con ser mucho) las relaciones internacionales entre los países del Norte y del Tercer Mundo. Los desequilibrios que producen los cambios que están provocando se reflejan también en el corazón mismo de los países desarrollados. Empujados por el hambre y las persecuciones políticas, los flujos migratorios masivos están favoreciendo la formación de grupos étnicos diferenciales y estables, que han convertido nuestras sociedades occidentales en sociedades *étnicamente plurales*. El pluralismo, la diversidad cultural y la reivindicación de la diferencia han llegado a convertirse en características estructurales de las sociedades desarrolladas de nuestros días.

En este sentido, la dinámica social aparece hoy claramente tensionada entre dos tendencias de signo opuesto. Por un lado, la industrialización, el urbanismo, la mediatización tecnológica y el espectacular avance de los medios de comunicación actúan en favor de una creciente *uniformación* de la vida colectiva. Los procesos de desarrollo y modernización parecen haber servido de vehículos de transmisión no sólo de cambios económicos, sino también de estilos de vida uniformes y de un conjunto homogéneo de valores. Por otro lado, asistimos por todas partes a la eclosión de *reivindicaciones particularistas* y a la defensa, a veces agónica, de toda suerte de identidades diferenciadas. La tensión entre ambas tendencias introduce importantes niveles de inestabilidad y conflicto.

El mundo camina cada vez más decididamente hacia la globalización y la interdependencia. Las relaciones sociales han roto en poco tiempo los marcos reducidos de la comunidad nacional para alcanzar dimensio-

nes internacionales. La interdependencia de las economías nacionales es mayor cada día. El diseño de la política económica aparece cada vez más condicionado por instancias internacionales, como el FMI., el BancoMundial, la OCDE o la CEE. Un proceso paralelo se está produciendo en el terreno de la política con instituciones como la ONU, la OEA, la CE.

Sin embargo, paradójicamente, este proceso de globalización y de uniformación cultural ha activado las tendencias opuestas. La voluntad de vivir y perpetuarse de todo lo que es diferente y minoritario, se ha convertido en uno de los signos sociales de nuestro tiempo. Los ideales "societarios", que acompañaron el proceso de modernización, no solo no han ahogado, sino que parecen haber activado el renacer de los ideales "comunitarios" (A. Gurrutxaga, 1991). Al universalismo, se ha respondido con el particularismo; a la uniformación, con la reivindicación de las diferencias. Al internacionalismo, con el fervor nacionalista; a la "aldea global" de McLuhan, con la "nostalgia de la tribu".



Algunos sociólogos han interpretado esta reivindicación de lo diferente como una simple reacción (quizá coyuntural) frente a una presión por la uniformidad impuesta. Pero si no queremos permanecer en un nivel de análisis puramente voluntarista, cuando no romántico, habremos de admitir que tal reacción obedece a poderosas fuerzas subyacentes, quizá inconscientes, pero eficaces, que regulan la dinámica de las

estructuras sociales. Aprenderemos algo de los procesos de intercomunicación cultural si concedemos valor lógico de postulado al principio teórico que, con admirable lucidez, enunció Lévi Strauss hace ya 40 años (*Race et Histoire*, 1951). En toda dinámica social existen "fuerzas que operan en direcciones opuestas: unas tienden a mantener, inclusive a acentuar, los particularismos. Otras, actúan en el sentido de la convergencia y la afinidad." El juego de ambas es dinámico: en la medida en que el exacerbamiento de una de ellas pone en peligro a la otra, las sociedades responden acentuando esta última. La comunicación intercultural aparece, así, tensionada entre dos exigencias igualmente irrenunciables: la necesidad de fomentar los intercambios, que salven del aislamiento y contribuyan al enriquecimiento, y la de preservar la identidad diferenciada que haga fecundo estos intercambios.

Es verdad que el pluralismo cultural y la eclosión particularista que caracteriza nuestras sociedades no tiene su origen únicamente en la proliferación de minorías étnicas de procedencia inmigrante. Los grupos étnicos se han formado a través de procesos históricos muy diversos: desde la conquista y colonización, hasta la formación moderna de Estados plurinacionales (minorías "históricas") o los fenómenos de migraciones masivas. A su vez, las minorías étnicas de origen migratorio están también lejos de ofrecer un panorama homogéneo. Algunas, son consideradas como minorías "selectas", que tienen su origen en lo que podríamos denominar "migración de la excelencia". Otras, responden a intercambios simétricos de fuerza de trabajo cualificada entre economías desarrolladas (el "emigrante postindustrial", de Richmond, 1969). Pero tanto por su significación social como por sus dimensiones, las más importantes tienen su origen en las migraciones forzadas desde el Tercer Mundo, en su huida de la pobreza. Estas últimas constituyen un factor de primer orden en la aparición de minorías étnicas diferenciadas y consiguientemente, en la explicación del creciente pluralismo cultural.

Pero lo relevante del pluralismo cultural de las sociedades desarrolladas de nuestros días, es que se trata de un *Pluralismo desigual*. No necesita destacarse que las relaciones interculturales que se establecen entre estas minorías y las mayorías nacionales, vienen determinadas por las condiciones estructurales en que se realiza la inmigración. Tanto por su procedencia como por su creciente marginalización, las minorías étnicas inmigrantes ocupan una posición económica y socialmente subordinada. Esto quiere decir que las relacio-

nes entre minorías inmigrantes y mayorías nacionales son *asimétricas* y se realizan bajo el signo de la *dominación* y la explotación. Nuestras sociedades no caminan solo hacia un pluralismo creciente, sino también hacia el agravamiento de sus desigualdades internas, es decir, hacia su propia *Dualización*. No es preciso atravesar las fronteras entre el Norte y el Sur para descubrir las huellas del subdesarrollo.

Es verdad que este proceso de creciente dualización no tiene su origen únicamente en las migraciones del Tercer Mundo. El imparable descenso de la población activa en los sectores industriales, las jubilaciones anticipadas masivas, la precarización del empleo, el avance de la pobreza y, en general, la aparición del fenómeno de las *infraclases*, está generando colectivos cada vez más numerosos que se sitúan al margen del sistema, lo que está dando lugar a *nuevas formas de desigualdad*. Recientemente, J. K. Galbraith (1992) ha llamado la atención sobre el hecho de que el "continuum" social de la estructura social de clases está dando paso a otro cada vez más escindido en torno a dos polos: los "satisfechos", y los expulsados del sistema. Es indudable que las minorías étnicas inmigrantes representan un colectivo sustancial dentro de estos últimos. Su creciente marginación económica, política y social, está abriendo brechas cada vez más profundas en los niveles de vida y en las relaciones interétnicas de los países desarrollados. El Tercer Mundo se ha instalado de lleno en el interior de nuestras sociedades.

Bien al contrario de lo que pronosticaron en su día los teóricos de la modernización, quienes insistieron en que los procesos de desarrollo y modernización conducirían inevitablemente hacia formas de organización social cada vez más homogéneas culturalmente y menos desiguales socialmente, las sociedades industriales de nuestros días se caracterizan por su creciente pluralismo étnico y cultural y por el agravamiento de la dualización económica y social.

Estos hechos, introducen importantes niveles de inestabilidad social. Los conflictos interétnicos y las manifestaciones de racismo y xenofobia son signos inquietantes en este sentido. Una sentencia incomprensible en el juicio por el apaleamiento del ciudadano negro Rodney King ha sido suficiente para encender la mecha de la violencia racial en Los Angeles. Pero no comprenderemos nada de este tipo de fenómenos si olvidamos que sus verdaderas causas hay que buscarlas en la discriminación y en la marginación cada vez más grave a la que están siendo condenadas las mino-

rias negras e hispanas en Norteamérica. El desarrollo económico no solo no ha aliviado, sino que ha agravado la situación de estos grupos. Un negro de Harlem tiene hoy menos esperanza de vida que un habitante de Bangladesh. El 34% de los negros en las grandes ciudades norteamericanas viven por debajo del umbral de la pobreza, mientras que en 1967, solo representaba el 31,2%. El 50% de los niños negros de estas mismas ciudades vive en familias matrilocales, en las que el padre permanece ausente. El 64%, son hijos de madre soltera.

Las cosas no han mejorado verdaderamente para estas minorías. Como vimos más arriba, según el Informe de *Desarrollo Humano*. 1992, del PNUD, el 20% más rico de la población mundial por países recibe hoy 60 veces más ingresos que el 20% más pobre pero aún esta cifra es engañosa. La desigualdad internacional se expresaría con mucha más exactitud si se tuvieran en cuenta las disparidades de ingresos en el interior de los países. Una estimación fiable situaría esta desigualdad en una razón de 150 a 1 (PNUD, 1992:87-88). Como vemos, el abismo entre "los satisfechos" y los expulsados del sistema no es menor, sino mayor cada día.

Y frente a esto, las actitudes racistas y xenófobas, la intolerancia y la insolidaridad no dejan de ganar terreno en Occidente. En Europa Occidental los partidos que de una forma u otra se identifican a sí mismos con políticas excluyentes y xenófobas están alcanzando cotas importantes de representación electoral. El Frente Nacional de Le Pen se sitúa ya en el 14% de los votos; en Alemania, los "Republikaner" y otras fuerzas neónazis de extrema derecha están obteniendo entre el 6% y el 13%; el partido de la Libertad austriaco ha pasado del 5% al 17%; en Italia, el MSI y las Ligas suman ya cerca del 15% a nivel nacional.

El "otro", personificado hoy en el extranjero, es identificado cada vez más como el verdadero culpable y el origen de la crisis del Estado del Bienestar. La "cultura de los satisfechos" no es solo insolidaria por naturaleza. En la medida en que se siente amenazada, manifiesta su miedo con actitudes excluyentes y culpabilizadoras frente al otro. En relación con las revueltas de Los Angeles, los recientes actos de barbarie protagonizados por los "cabezas rapadas" alemanes, incendiando y saqueando las residencias de refugiados, representan la otra cara de un mismo fenómeno: el que se deriva de unas formas de organización económica y social cada vez más divididas, más desiguales y más excluyentes.

Crecimiento demográfico, agravamiento de la división Norte/Sur; migraciones masivas desde el subdesarrollo, proliferación de minorías étnicas, reivindicación de identidades diferenciales, pluralismo, dualización, xenofobia. Estos son, más que ningún otro, los verdaderos signos de los tiempos modernos, en cuya resolución las sociedades actuales, y, en primer lugar, las sociedades desarrolladas, están poniendo en juego su estabilidad y su supervivencia. A pesar de su aparente heterogeneidad, se trata de hechos interrelacionados y sostenemos que el reto de nuestros tiempos para las Ciencias Sociales consiste justamente en ofrecer una respuesta a estos problemas.

Luis Abad
Integración, Pluralismo, Tolerancia
Editorial Popular. Madrid 1993

¿Qué significa hoy ser antirracista?

Una de las paradojas en torno al racismo es la que ejemplifica la respuesta nada infrecuente cuando se pregunta por el problema: "yo no soy racista, pero... otra cosa es convivir con los gitanos, con los moros, etc.: que se vayan". Pero, entonces, ¿qué significa hoy, entre nosotros, ser antirracista?

El rechazo del racismo biológico -la superioridad de una raza sobre otras- forma parte del mínimo de conciencia cívica y de cultura hoy exigible. Lo que sucede es que es muy fácil sentirse así antirracista, indignarse sinceramente contra los mensajes de quienes todavía se empeñan en discursos de superioridad racial en ese sentido pseudo-biológico y jerárquico. La lucha contra el racismo no se libra hoy en ese frente, sino en el del racismo diferencial, cultural, que tiene su concreción en el ámbito institucional y de un modo particular en las medidas adaptadas en relación con la inmigración extracomunitaria, porque, al revés de lo que es frecuente oír, los inmigrados no son el objeto indiferenciado de una xenofobia endémica, sino al contrario: el odio, el miedo y la violencia contra ellos confiere al neoracismo actual sus características.

Que los conflictos racistas son en gran medida la cobertura, el reflejo de las dificultades estructurales de los grupos en los que aparecen, es ya algo tan repetido que no hace falta insistir. Lo prueban, por ejemplo, trabajos como los de Balibar o Sami Naïr. Lo más inquietante es la presentación de los pretendidos remedios contra el racismo: el incremento del endurecimiento de las políticas de los Estados miembros de la Unión Europea respecto a la inmigración, al refugio y al asilo y el recorte en los derechos. ¿Se trata de la consecuencia inevitable de un tiempo de recesión que nos impide ser solidarios no ya con los que están más lejos (lo que siempre es más fácil) sino con quienes pretenden "invadirnos"? ¿Es, por el contrario, una coartada para legitimar una respuesta autoritaria? ¿Hemos alcanzado ya el límite de la capacidad de acogida?

La postura oficial, en nuestro país, se apoya en dos argumentos: las exigencias de homologación jurídica europea y la necesidad de evitar la permanencia en nuestro país de inmigrantes "indeseables" que, según se nos explica, es lo que favorece el incremento de respuestas racistas. En el fondo, nos dicen, se trata de

actuar ante un estado de conciencia social que todavía se mueve en el ámbito de la preocupación, pero bordea el rechazo y la pulsión xenófoba y racista. Por consiguiente, y ahí la hipocresía, hay que eliminar los factores de riesgo: no acoger a más de los que se puede integrar (con cupos laborales), para mantener el modelo de una sociedad tolerante ante la diferencia, y rechazar a quienes utilizan fraudulentamente instituciones como el asilo, cuando no son sino "inmigrantes económicos" (como si esa categoría fuese peyorativa, o menos digna, o, reconozcamos el problema, realmente tan distinta de la de quien es "perseguido político").

En mi opinión, es hora de dejar a un lado los eufemismos: el problema prioritario, la razón del endurecimiento de la respuesta jurídica, es el control de los extranjeros pobres, y lo peor es que, para justificar ese control en un tiempo en que, paradójicamente, nadie se quita de la boca (pero con cuidado de que no llegue más allá) las proclamas de solidaridad, se acude al falaz argumento de que solo así se evitará el racismo, al tiempo que se difunde a los cuatro vientos un mensaje social que no hace más que alentar el racismo. Pues bien, creo que el factor más decisivo del incremento del racismo es precisamente la difusión de ese mensaje, la apelación a la falacia, al mecanismo de "emergencia social", junto al argumento de la saturación (el famoso "la barca está llena") que se empeñan en hacernos pasar por hechos inobjetables y que constituyen un considerable ejercicio de desinformación.

El mensaje de "emergencia social" consiste en proponer que la presencia de esos extranjeros quede equiparada a otras "alarmas" o patologías, como la criminalidad o la droga, y de esa forma, por ejemplo, el racismo aparece como un subproducto "con cierto fundamento". Esa es la razón de la insistencia en las notas con que se caracteriza la presencia de los extracomunitarios, esto es, la asociación de los rasgos de diferencia "incompatible" (la más visible es la étnica)+competencia y amenaza (para el mercado de trabajo, para la pirámide de población, para la "propia identidad")+desorden (los extracomunitarios como "ejercicio de reserva de la delincuencia", como causa de la "inseguridad ciudadana", vinculados a las formas de delincuencia que merecen más rechazo social: narcotráfico, terrorismo, y delitos contra la libertad sexual y la propiedad). Todo ello se traduce en la criminalización de los extracomunitarios, en su presentación como un problema de "orden público" frente al cual debe primar la respuesta policial sobre la jurisdiccional, sobre la garantía de los derechos. Se está



destapando así una caja de Pandora que no puede dejar de tener efectos sociales perversos: de nuevo, incubar el huevo de la serpiente.

Detrás de este mensaje simplificador, hay otros sofismas. El más evidente es el argumento de la "barca repleta", según el cual habríamos alcanzado el límite de capacidad de acogida. Los datos estadísticos contribuyen a relativizar la entidad de una "amenaza" que se revela falaz: los extranjeros extracomunitarios en nuestro país representan menos del 0.9% de la población y en torno al 0.4% de la población activa. Si se comparan esos datos con los de Francia, Alemania o Italia, resultan casi ridículos.

Además, la denominada política de cupos, que aparece como la única respuesta posible frente al riesgo demográfico, laboral y económico, se parece mucho al recurso de poner venda antes de la herida: ¿dónde están los análisis acerca de los sectores de economía y del mercado laboral que justifiquen que 20.000 trabajadores extranjeros es el máximo que puede aceptar nuestra economía sin quebrar? ¿para cuando los estudios sobre el empleo en la economía sumergida?, ¿dónde los informes que acreditan la ausencia de puestos de trabajo para extranjeros cuando se oculta la realidad de ofertas de empleo que no son acogidas por los ciudadanos españoles? ¿dónde las medidas contra los que emplean clandestinamente en condiciones inaceptables? ¿cómo justificar los mecanismos que se arbitran para reclutar esos cupos y que en la práctica multiplicarán el mercado negro y de "tráfico de carne" en los países de origen y de modo muy con-

creto en Marruecos? ¿Cuándo llegará el momento en que reconozcamos el profundo egoísmo e insolidaridad que está detrás de la filosofía de los cupos, una filosofía inspirada en el motivo denunciado por M.Frith: "queríamos mano de obra y nos llegaron personas"? ¿Cuándo reconoceremos que afrontamos la inmigración solo en clave laboral, de necesidades de nuestro mercado, sin importarnos si por esta vía perjudicamos a los países de origen, si fomentamos esas redes repugnantes que recuerdan el comercio de esclavos, si lo de menos es lo que sucede con las personas, con las familias?

El único punto de partida posible es abandonar los mitos, las campañas y tratar de reconocer los flujos migratorios tal y como son. Para empezar, como advirtió ya Mauss, la inmigración es un fenómeno social global. El inmigrante que es hoy el arquetipo del extranjero entre nosotros, trae consigo no ya una persona diferente, una familia (también a menudo diferente de nuestra concepción: nuclear, monógama) sino sobre todo otra sociedad, otra cultura. Por eso, considero absolutamente imprescindible que se subraye como lo hace la propuesta del Grupo Carta del Mediterráneo, que las migraciones "constituyen un importante factor económico, social y humano, tanto en los países que los reciben como en los países de origen y, al mismo tiempo, han hecho surgir problemas económicos, sociales y dentro del marco del Derecho Internacional y especialmente de los tratados internacionales en vigor". En efecto, frente a las habituales simplificaciones, aquí encontramos los elementos clave para un enfoque adecuado:

Primero, los movimientos migratorios, a más de la expresión del derecho básico de libre tránsito, constituyen un elemento de riqueza. En el caso de la Unión Europea, del ámbito del Mediterráneo, se trata de una oportunidad excepcional de beneficiarse de lo que ha sido, por otra parte, el propio destino de este mar interior: el cruce de culturas del que nace la cultura. Eso no obsta para reconocer las dificultades que derivan de ese enriquecimiento. Pero el punto de partida es valorar positivamente esa diversidad; educar en ella como tal valor positivo; advertir que la homogeneidad absoluta no es "natural", ni tampoco el estado deseable. En definitiva, es lo que se señala en el proyecto mencionado, cuando se afirma la necesidad de cooperación e intercambios en materia de cultura y educación.

Segundo, las migraciones suponen aumento de la complejidad social, y ello implica un crecimiento de los factores de conflicto. Ahora bien, el problema no está

en las migraciones (que son un hecho), sino en entender que el conflicto (por ende, los conflictos relacionados con ellas) es un elemento patológico -anormal- de los grupos sociales, y que debe ser eliminado a cualquier coste. Al contrario, el conflicto es un elemento constitutivo de la realidad social, que puede y debe ser gestionado, tratado, y a eso responde, por ejemplo, el Derecho. El error, insisto, radica en la identificación del inmigrante de nuevo en términos de *buc émissaire*, de chivo expiatorio de las contradicciones que sacuden en estos momentos a nuestra estructura social y económica, en asociar inmigración con el mensaje de emergencia social (la inmigración como "problema": de orden público, demográfico, laboral, etc.).

De ahí el tercer rasgo: cualquier respuesta a los fenómenos migratorios debe ser conforme a Derecho: en primer lugar, a los derechos humanos. Por eso la exigencia de respeto de derechos tan elementales como el de reagrupamiento familiar (negado en la reciente Conferencia de El Cairo), o la garantía de la igualdad en los derechos económicos y sociales, que es uno de los problemas más discutidos (y sobre los que aparecen posiciones abiertamente xenófobas y racistas, como la emblemática proposición 187 aprobada el pasado mes de octubre en California a iniciativa del Gobernador Wilson y afortunadamente detenida por los tribunales, o la reciente modificación introducida en la legislación suiza mediante referéndum, a propósito del internamiento y expulsión de "extranjeros indocumentados"). Por esa razón, también, la respuesta jurídica a la inmigración no puede centrarse exclusivamente en términos de "control", ni, menos aún, de reacción penal.

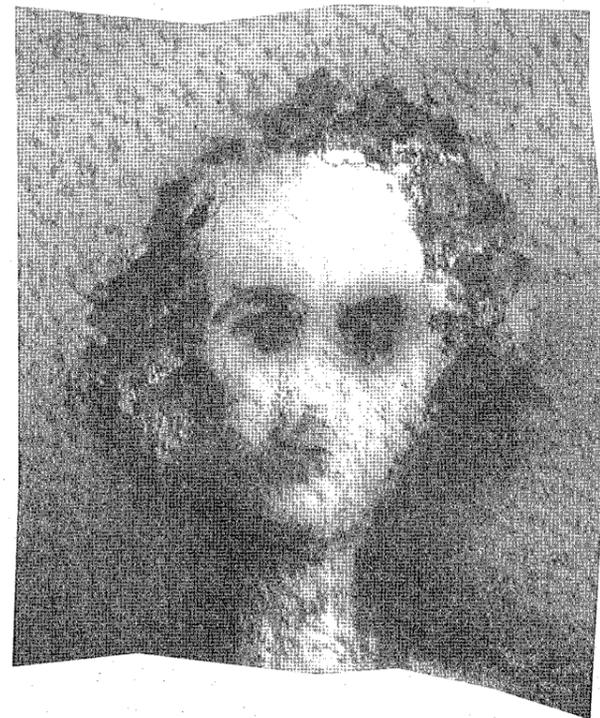
Precisamente esos mecanismos jurídicos dan pie a lo que Balibar ha denominado la situación de "colonización interior", que afecta a los inmigrantes extracomunitarios, y que instituye o, al menos, refuerza la ciudadanía limitada, al dejar sometida a la población inmigrada a criterios de orden público y coyuntura económica, de ideología cultural/nacional, de tácticas políticas. La diferencia más importante en punto a los derechos es precisamente esto: que para ese sector de la población sus derechos son un problema de administración y policía, precisamente porque son ciudadanos de segunda. A ellos no les alcanza el grado de plena garantía, porque constituyen en sí una parte de la población que -como lo revelan no solo su estatuto jurídico, sino el lenguaje mismo- todavía aparece más próximo a la condición de súbdito que a la de ciudadano. En ese sentido, todavía tiene justificación el

antiguo calificativo de "proletariado exterior", porque una mínima ojeada a la Historia nos demuestra que su peripecia es la misma que tuvieron que sufrir los asalariados, considerados durante mucho tiempo más como un peligro para los "verdaderos ciudadanos" -fuente de inseguridad, de criminalidad, de competencia desleal en el mercado de trabajo- y por tanto sospechosos, lo que hacía impensable reconocer su equiparación en el estatuto de ciudadanía. Creo que la tesis que presenta un desplazamiento paulatino de las "fronteras interiores" -de los obreros a los inmigrantes, y de éstos a los estigmatizados por sus características "visibles" -tiene bastantes visos de plausibilidad.

Por eso, ser antirracista hoy, luchar contra el racismo, no puede ser solo manifestarse en bonitas campañas acerca de la diferencia y de la sociedad del mestizaje: con ser necesario, ese escalón va poco más allá de los argumentos que tranquilizan las buenas conciencias. No está de verdad contra el racismo quien de un modo u otro (por ejemplo, tomando medidas administrativas o dando su voto a quienes las adoptan) ofrece respaldo al racismo institucional. Se impone ser consecuente como un deber elemental de ciudadanía. Eso, desde luego, exige algo más que dar el voto a quienes no respaldan el racismo institucional, pero al menos debemos hacer oír nuestra exigencia crítica frente a tales instrumentos normativos, como se ha hecho frente a la reforma de la Ley de asilo y como lo hace ahora SOS RACISMO junto con la Coordinadora de entidades en solidaridad con los inmigrantes frente a la Ley de extranjería.

Javier de Lucas

Puertas que se cierran
Icaria. Barcelona, 1996



El reto de la inmigración

Podemos hacer frente a las profundas transformaciones que comportan los actuales flujos migratorios que se orientan hacia los países de la UE? Esta es una cuestión que aparece cada vez más como condición *sine qua non* para alcanzar los objetivos de la construcción europea. Y es cierta su relevancia. Pero la opinión pública parece dominada por un enorme malentendido que permite hacer de la inmigración un problema, incluso *el problema* desde el punto de vista de la contienda electoral, mientras impide obtener éxito al afrontar ese desafío. En realidad, al hablar del "problema inmigración" se incurre con frecuencia en varias confusiones. Señalaremos dos.

La primera es la radical incompreensión de la naturaleza de la inmigración como fenómeno social, esto es, su globalidad, y en un doble aspecto: *a)* en primer lugar, la inmigración es un *hecho social total* porque actúa sobre todos los elementos del conjunto social. Eso significa que no entendemos nada cuando la analizamos o pretendemos responder a ella sólo en la dimensión laboral o, a lo sumo, en términos de su función en el

mercado de trabajo. [...] Además, *b)* es un *hecho de dimensiones planetarias*, que debe entenderse en el contexto de la mundialización. En efecto, más de 120 millones de personas se ven implicadas en esos flujos, pero sobre todo en y entre los países del Sur, y no -cómo reza el tópico- desde el Sur hacia el Norte rico. No se comprende la inmigración cuando sólo se presenta en los términos del fobotipo de la invasión o el desbordamiento de la barca europea que ya estaría demasiado llena, y erramos cuando, en lugar de advertir que nos encontramos ante un desafío histórico que exige soluciones de alcance global, se insiste en presentarla como un peligro que cada país puede eliminar por su cuenta mediante el cierre de las fronteras nacionales.

La segunda es desconocer que, frente a la patraña que nos habla de movimientos compulsivos y amenazadores guiados por el espejismo de la riqueza, la inmigración está integrada hoy en el modelo de economía global. Es importante reconocer que, en efecto, la mayor parte de los movimientos migratorios se desarrolla actualmente en el contexto de una aparente paradoja: un sistema mundial de trabajo cerrado al mismo tiempo que de economía abierta. Es decir, un modelo de fuerte explotación de la mercancía-trabajo, como lo revela la utilización, la funcionalidad del trabajo clandestino, que llega incluso a convertirse en insustituible (como lo revela la ausencia de voluntad política de actuar frente a ese fenómeno que constituye la modalidad contemporánea de la esclavitud). A la vez, esos flujos migratorios se generan y gestionan para que sean funcionales en el proceso de mundialización y de competencia salvaje propio del universo del liberalismo económico: cumplen la función de desestabilización interna de la mano de obra y son moneda de cambio en las relaciones de dependencia Norte-Sur.

Frente a estos sofismas, la primera exigencia es conocer la realidad. Es decir, analizar esos movimientos y definir su estructura y función. En segundo término, es preciso organizar, planificar y orientar los flujos migratorios. Es una actividad con dos sentidos, pues, como advierten los expertos, resulta imprescindible poner en marcha acuerdos con los países de origen de la inmigración, proyectos y programas que permitan utilizar la inmigración como vector de codesarrollo, de todas las partes implicadas: ése es el auténtico desafío.

En efecto, hay que dar un paso más respecto a otras respuestas con las que se pretende hacer frente al reto, como el establecimiento de espacios de mercado

común o la política de cooperación. De un lado, se trata de superar la propuesta de establecimiento de espacios de libre comercio que se constituyen sin alteración de las enormes diferencias estructurales entre los agentes que teóricamente compiten en condiciones de igualdad. El Mediterráneo es un buen ejemplo de ese sofisma. El establecimiento de una zona de libre comercio estimulará sin duda el dinamismo de los agentes de mercado de los países de la ribera Norte, al tiempo que descapitalizará a los del Sur, lo que acrecentará la relación inversamente proporcional entre crecimiento demográfico y PIB entre las dos orillas, e incentivará los fenómenos migratorios en su dimensión de último recurso, de bomba demográfica. Por lo que se refiere a las políticas de cooperación, sin duda constituyen un paso positivo, pero quedan a medio camino. En efecto, se trata de recordar una vieja lección presente incluso detrás del *egoísmo racional* de la teoría de juegos: la mejor forma de garantizar el propio interés, y es de nuestro mayor interés la estabilidad y la seguridad, no es la ayuda humanitaria, sino la búsqueda, la obtención del interés común. Hay que determinar esos intereses comunes y establecer programas que aseguren su optimización.

En términos de políticas de inmigración, la primera consecuencia es la necesidad de abandonar la estrategia de cierre de fronteras para poner en marcha un modelo de *inmigración de alternancia*, esto es, que permita convertir la inmigración en un factor de desarrollo común al servicio de esos intereses comunes. No hablamos, pues, de un espontaneismo ingenuo que renuncia a gestionar los flujos migratorios. Hay que organizarlos, regularlos y hacerlos así útiles para ambas partes. Esto significa programas que permitan recibir, formar, posibilitar la vuelta al país de origen, pero también permitir el retorno a Europa de los inmigrantes en caso de fracaso del retorno. Hablamos de proyectos ambiciosos, pero también de medidas que pueden desarrollarse con un coste modesto, de ejemplos como el que proporcionan la CEE y la Universidad de Verano Los Jóvenes y Europa, que vienen reuniendo en la población de Guardamar, a orillas del Mediterráneo, a dos centenares de jóvenes entre los que se cuentan más de 50 provenientes de Palestina, Argelia, Marruecos o Túnez. Encuentro que permite, más allá de la mezcla, el reconocimiento y el cambio mutuo de representaciones.

Hay una segunda e importante consecuencia que trasciende los límites habituales del discurso de la inmigración. Ésta es un factor de codesarrollo en un senti-

do mucho más profundo que el socioeconómico. La inmigración es, hoy, una oportunidad decisiva de transformación y enriquecimiento del contenido conceptual del Estado de Derecho y de la democracia. La clave de uno y otra es la garantía y la expansión de los derechos humanos, la profundización en ese elemento revolucionario que es la condición de sujeto de derecho, el derecho a tener derechos en el que tanto insistiera Arendt. Pues bien, la inmigración es la línea divisoria donde está en juego ahora nuestra capacidad para superar las actuales limitaciones de un modelo de ciudadanía nacional que constituye cada vez más una barrera en el desarrollo de esa línea expansiva de la legitimidad, de los derechos. Y lo más importante es advertir que no se trata sin más de una exigencia de humanidad, de apertura hacia quienes no gozan de nuestros privilegios, sino de coherencia con la lógica misma de los derechos humanos. No es sólo un problema de inclusión, porque los beneficiarios de esta transformación no serán sólo, ni primordialmente, los otros, sino nosotros mismos.

Sami Naïr y Javier de Lucas
EL PAÍS, 16 de agosto de 1997

Sami Naïr es titular, en 1997, de la Cátedra Mediterránea de la Universidad de Valencia.

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Valencia.

Inmigrantes, extranjeros y construcción nacional

MODELOS NACIONALISTAS

Sabemos que históricamente los procesos de construcción nacional han tenido dos grandes etapas. En la primera, que se corresponde con la primera oleada nacionalista, se construyeron los límites territorial-estatales y, después se intentó construir la nación. Para ello, se pretende homogeneizar en un sólo patrón y asimilar en éste las diferencias internas al territorio, fueran del tipo que fueran. En la segunda, la de los nacionalismos periféricos, el proceso era inverso. Se comenzaba desde la afirmación de la existencia de una comunidad de cultura o de voluntad, o de cualquier otro aspecto y justificar así la legitimidad de su correlato político. Tanto en una como en otra etapa, no hay que olvidarlo, existe nación si hay nacionalistas, cuantitativa o cualitativamente significativos, que afirman la existencia de la nación.

El nacionalismo vasco corresponde al segundo modelo y surge como una reacción defensiva ante una serie de cambios estructurales que recorren tanto horizontal como verticalmente a la sociedad tradicional vasca. Consecuencia de la industrialización los perfiles étnicos vascos parecen desdibujarse, y en su restauración se aplicará Sabino Arana. Este formulará una ideología tradicional con respecto a los valores, y etnocéntrica y exclusivista con respecto a los límites étnicos y a la comprensión de la identidad. Sin embargo, es funcional desde el punto de vista social, ya que consigue crear lo que Bourdieu ha llamado el "efecto-teoría", entendido como dar vida a grupos sociales, al nacionalismo vasco concretamente, que, en adelante, formulará que "Euzkadi es la patria de los vascos".

El objetivo de algunas propuestas nacionalistas es intentar que la población asuma que la nación es una realidad esencial-objetiva y pre-política. Una emanación directa de unos rasgos concretos que poseen

determinados habitantes del territorio denominado como nación. Los inmigrantes entran en escena desde el mismo momento en que, para justificar sus objetivos políticos, el nacionalismo vasco pretende demostrar la existencia de una comunidad vasca anterior a esos objetivos y étnicamente homogénea. Dentro del retrato robot que Sabino Arana hace de lo vasco, y que luego se reproduce cíclicamente bajo nuevos ropajes en las posteriores teorizaciones de la identidad vasca, los inmigrantes no tienen cabida. Es más, son el polo negativo de aquello que se afirma "ser".

CONDICIONES DE INTEGRACIÓN

Las teorizaciones nacionalistas se basan en discursos categorizadores de tipo étnico, es decir, afirman quiénes pertenecen a la comunidad (momento inclusivo), quiénes no pertenecen (momento exclusivo) y qué pretenden (momento proyectivo-político). Como consecuencia de esta categorización, se establecen barreras de inclusión y exclusión, que pueden variar según épocas y condiciones para optar a la calidad de "miembro". Las condiciones que históricamente se ha exigido a los inmigrantes han dejado unos márgenes muy estrechos para su inclusión en el grupo promotor de la nación, pues si se comenzó estableciendo una serie de exigencias objetivistas y esencialistas que impedían de facto a los inmigrantes poder dar el salto étnico, después se pasó a considerar el mecanismo subjetivista o de autoadscripción étnica en las definiciones de la identidad individual y colectiva.[...]

PROBLEMAS QUE SURGEN

Llegados a este punto conviene afirmar que mientras los inmigrantes estatales son un "problema social" para el nacionalismo y para su intento de construcción nacional, la inmigración extranjera no lo es. [...] Para el nacionalismo, la inmigración es un problema porque difumina los perfiles étnicos de la comunidad con la que aspira obtener sus objetivos políticos, ya que la lealtad y la asimilación de la población inmigrante, salvo en casos particulares, no suele acabar exitosamente [...] Asimismo, la integración en el país vasco ha

venido medida por la matriz política, de manera que la consideración de la población inmigrante como vasca tan sólo se ha obtenido por la asunción del ideario y objetivos nacionalistas, que plantean la incompatibilidad de la identidad vasca y española. Saber euskara, autodefinirse como vasco, etc., no han sido suficiente expediente para se les otorgue el calificativo de vascos, tal y como lo pueden atestiguar innumerables casos. Desde Sabino Arana se distingue entre "make-tos" y "maketófilos". Esta misma distinción reaparece implícitamente en una gran mayoría de las formulaciones nacionalistas. Así, "marcador étnico" último y más importante es el político y éste consiste en distinguir entre los que están de acuerdo en ir hasta el final (¿independencia?) y los que no. [...]

Con respecto a la inmigración extranjera, dado su escaso peso cuantitativo y cualitativo en el País Vasco, es, desgraciadamente para los mismos inmigrantes extranjeros, tan sólo un problema de "orden público" y su presencia se plantea socialmente desde esquemas de seguridad ciudadana. Además, tampoco son un "problema social" en el sentido de la inmigración estatal, porque la referencia contra la que el nacionalismo vasco se alza, y que adopta como alter ego, no es otra que el Estado Español y su pretensión asimilacionista de lo vasco. [...]

Entre estos dos procesos asimiladores -el del estado con respecto a lo vasco y el del nacionalismo con respecto a toda la población del territorio vasco-, el inmigrante al País Vasco adquiere como se ha dicho o una identidad dual o presenta un relativo desconcierto. El desconcierto es resultado de que el inmigrante escoge la identidad que lógicamente menos le conviene, pero quizá la única que socialmente tiene a mano, en un marco donde tiene posibilidad de asumir con una relativa libertad una de las formas de entender la identidad. La identidad vasca puede ser entendida de una forma cerrada: es vasco el que lo es por sangre, origen, familia, etc.; de una forma más abierta o auto-descriptiva: quién se autodefine como vasco; o totalmente abierta: es ciudadano vasco quien vive en el País Vasco. Desde un punto de vista lógico, la menos exigente y la más cómoda para los inmigrantes es la tercera, pero según un estudio que he realizado mediante técnicas cualitativas, una gran mayoría de los inmigrantes opta por la primera, definiendo la identidad vasca como emanación directa de una serie de rasgos primordiales o esenciales, que les impide traspasar las fronteras étnicas. Dada la escisión natural que perciben entre lo vasco y lo no vasco, no pueden ser

vascos ni en el caso en el que quisieran serlo, porque la/su naturaleza se lo impide. Esta opción parece dar a entender que la naturalización de lo social es una constante antropológica y universal. [...]

PROCESO COMPLEJO

Esta imagen o representación social de la identidad que poseen los inmigrantes no es sino la expresión, sintomática, de algunos de los problemas no resueltos de la sociedad vasca. [...] Por ello, cabe preguntarse ¿en qué se concreta la construcción nacional? O ¿cuáles son los objetivos que se pretenden y cuáles los medios para obtenerlos? O finalmente ¿qué costos sociales estamos dispuestos a soportar? De cualquier manera, si la construcción nacional pretende ser la construcción de un proyecto social común, queda mucho por hacer porque puede afirmarse, sin temor a equivocarse, que la sociedad vasca está invertebrada y que no ha conseguido llegar a un mínimo acuerdo sobre una identidad inclusiva y universal. Además, esta desvertebración se plasma territorialmente, con lo que cualquier intento de superación se torna más compleja y barrunto, que le subyacen potenciales y más profundas escisiones sociales que las actuales. El anuncio de la propuesta de autodeterminación para Alava por parte de UA o los actuales debates sobre el euskara, incomprensibles sin referencia a estas escisiones sociales, atestiguan cuanto se afirma. [...] Evidentemente, todos estos fenómenos no pueden entenderse sin la "mano invisible o visible" de la lógica estatal.

Los ritmos de este proceso son otro elemento a tener en cuenta porque parece impensable intentar construir una nación con una gran resistencia pasiva o activa por parte de la población, sea autóctona o foránea. En este panorama, un problema añadido y normalmente evitado consiste en concretar quién es el sujeto de la autodeterminación. El futuro es abierto en cuanto proceso dinámico y cambiante, pero estimo que, socialmente el deseable para la construcción nacional vasca requiere del "arte de la inclusión".

Xabier Aierdi
Herria 2000 Eliza

La metáfora del extranjero

Fue hace 10 años, el 1 de julio, cuando España se dotó por primera vez en más de un siglo, de una Ley de Extranjería. Las décadas, por alguna razón litúrgica, suelen ser buenos momentos para hacer balances, y es hora de hacerlos. Hace 10 años, en España había unos doscientos mil extranjeros, de los cuales tan sólo un tercio eran inmigrantes económicos procedentes de países del Tercer Mundo. Aún no estábamos integrados en la Comunidad Europea, no se había refrendado nuestro ingreso en la OTAN, los casos de racismo eran residuales y la situación económica prometía felicidades a la gente. Y otro asunto importante: la política todavía era un contrato entre representantes y representados. O casi.

Durante esta década hemos visto cómo cambiaban esas circunstancias. El número de inmigrantes se ha multiplicado, la construcción de la Unión Europea ha consolidado en España un lugar de estratégica frontera, los síntomas de desprecio han aumentado, y algunos sectores sociales se sienten por completo al margen de un crecimiento económico que saben real, pero que no les toca. También la crisis política ha desmejorado el contrato entre políticos y ciudadanos: vino la desesperanza, y no son pocos los que se sienten expropiados de las decisiones. Así es más o menos el territorio en el que residen hoy unos 500.000 extranjeros (el 1,2% de la población total), algo más de la mitad de origen extracomunitario. No son ni pueden ser ajenos a lo que pasa. Es más: los inmigrantes, de alguna forma, son una metáfora de lo que pasa. Personalizan el cambio. En él se ven las transformaciones que no suelen tener rostro: el mercado laboral es distinto y hostil; la economía es incomprensible para muchos; nuestra inseguridad es considerable; nuestra identidad cultural cede paso a identidades fragmentadas. La respuesta a los inmigrantes simboliza la incertidumbre. Lo que dicen los partidos políticos, los Gobiernos, los energúmenos malditos del racismo, los pastores buenos del mestizaje, es tan incierto y deslavazado y tan deshinchado y tan rápido como el resto de las cosas que decimos ante muchas otras circunstancias.

De todo esto cabe sacar dos conclusiones. La primera es que en estos 10 años en España se ha consolidado una política migratoria más bien proteccionista, en



sintonía con el resto de países de la Unión Europea. Esa política vive dos rupturas: de funcionalidad una, de legitimidad la otra. De funcionalidad, porque está organizada para trabajadores ocasionales, *invitados*, cuando la realidad de los hechos pediría que estuviese organizada para pobladores que se asientan. De legitimidad, porque, al igual que otros asuntos de calado, la política de inmigración es percibida por algunos grupos sociales más desfavorecidos como algo que viene desde arriba, sin consultar, en lo que no tenemos mucho que decir.

La segunda conclusión es que en estos 10 años, paralelamente al aumento de actos tildados de racistas (en unos casos con justeza y en otros sin ella) no se ha perfilado por parte de los antirracistas o de los partidos políticos una respuesta más contundente que un genérico eslogan: *No al racismo*. Pero no todo lo es. ¿Podría ser lo mismo un *skin-head* o un líder de extrema derecha que cualquier ciudadano afectado por la crisis, disminuido en sus potencialidades económicas y políticas, que descarga ira ante el paso de cualquier excusa? Los antirracistas lo entienden en su planteamiento teórico, pero no en su estrategia política. Los antirracistas se concentran en el violento o el ideólogo. Es loable, pero no muy eficaz. Al violento le corresponde el Código Penal y la cárcel. Al ideólogo, la argumentación y los votos. Pero el latido de desen-

canto que nutre a los expropiados del mercado o de la política es otra cosa que no merece ser criminalizada y que requiere más esfuerzo político.

Hay una tarea ingente por hacer respecto a la inmigración. Y no todo pasa por retocar la Ley de Extranjería (eliminando las discriminaciones que establece y ese tufo a siervo de la gleba en que convierte al extranjero, casi asignado a dueño y a residencia), por enviar trenes multiétnicos, ni por financiar campañas para ser todos iguales pero diferentes. En primer lugar: hay que repensar la política de inmigración. Y ello reconociendo lo hecho: un proceso de regularización en 1991 correcto y realista, una política de cupos medida y adaptada a la realidad migratoria y laboral. Repensarla en España y en el resto de Europa. Podemos abrimos o cerrarnos más, es una opción. Aunque los flujos de personas procedentes de países extracomunitarios ni son una maldición divina ni así deben ser percibidos. No es fácil cerrar las fronteras, pero sin duda podemos disponer de muchos medios para impedir los flujos incontrolados. ¿Pero cerrándose al extranjero habremos solucionado nuestro problema? Por otro lado, si ante el inmigrante olvidamos nuestra forma de entender la libertad, ¿quién será el próximo extranjero entre nosotros? Hay, además, que politizar el discurso.

La lista de justificaciones económicas, sociales o demográficas es tan larga para aceptar como para rechazar la inmigración. Pero la política no sólo son justificaciones: también son argumentos para elegir. La extrema derecha esgrime una razón de peso para el rechazo: no quieren que los extraños a nuestra comunidad ganen peso en ella. Politizar el discurso es no tener miedo a dar otras razones de peso. ¿Tenemos un argumento (no justificaciones económicas, demográficas o sociales, que las hay: España es el país con menor número de hijos por mujer de Europa: 1,2 en 1991, y a este ritmo, entre otras cosas, nos faltarán cotizantes para asegurar nuestras pensiones de mañana) los que pensamos que la inmigración es positiva para esta comunidad? ¿Somos capaces de explicarlo? Por último, es necesario saber quién debe pelear más para hacer estas cosas. Es asunto de todos, pero el mundo de la izquierda es especialmente responsable: si no sabe entender, canalizar y explicar los cambios, ya no sirve entonces para mucho. Y en España la izquierda, ante la inmigración, ha caído con demasiada frecuencia en el mesianismo más inconsistente. Deberá pensar en ello: saber que hay que dedicar más tiempo a los corazones inseguros y no tanto a los vio-

lentos: más tiempo a entender los problemas de quienes se sienten expropiados y menos a minimizar sus temores. Pues son muchos (uno de cada tres españoles) los que tienen la visión errónea de que en nuestro país hay igual o más inmigrantes que en Francia o Alemania (teniendo España 10 veces menos), más o menos el mismo porcentaje de los que piensan que son demasiados.

Bernabé López García y Carlos Celaya

EL PAÍS, 11 de julio de 1995

Bernabé López García es profesor de Historia del Islam Contemporáneo.

Carlos Celaya es periodista.



Europa y el mediterráneo

A pesar de algunos avances, registrados en uno u otro país mediterráneo, la situación global de los Países Terceros Mediterráneos parece bastante sombría. Los déficits estructurales son todavía moneda común. La balanza comercial sigue siendo deficitaria (excepto en algunos países petrolíferos) y la balanza de las operaciones corrientes no consigue equilibrarse a pesar de los ingresos generados por los flujos turísticos, las transferencias de los emigrantes y los cánones (bases militares, oleoductos, canal de Suez etc.) Para hacer frente a los desequilibrios de su balanza corriente, todos los Países Terceros Mediterráneos tuvieron que recurrir a préstamos bilaterales y multilaterales, acumulando una deuda global de más de 200 mil millones de dólares cuyo pago constituye, en el estado actual, un grave handicap para el desarrollo.

En efecto, todas las economías de los PTM deben hacer frente a:

- a) un crecimiento demográfico constante (una media del 2,5%), que necesita la creación anual de 2 millones de empleos para estabilizar los índices de paro actuales en más o menos un 20%
- b) una estructura por sectores productivos de los PTM deformada, con un sector dominante (los servicios), un sector importante (la agricultura), y un sector en la infancia (industria manufacturera), aunque se note una evolución positiva en algunos países relativa a la contribución de la industria a la producción de valor añadido (Israel, Turquía, Marruecos, Túnez, etc.).
- c) un peso excesivo del Estado, si bien tiende a reducirse como consecuencia de las medidas de estabilización y de ajuste estructural impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.
- d) una excesiva verticalidad de los intercambios comerciales, que convierte a Europa en el principal cliente de los PTM, tanto en el plano de las exportaciones como en el de las importaciones.
- e) una horizontalidad demasiado débil de los intercambios intra-regionales, que apenas sobrepasan el 10% del total de los intercambios (el 50% de los intercambios intra-árabes).

f) una inserción insuficiente en la economía mundial, que no augura nada bueno de la capacidad de los PTM para aprovecharse de la apertura creciente de los grandes polos de la demanda mundial, debido a la estructura de sus economías, a la incapacidad de movilizar el conocimiento técnico y científico para mejorar su productividad y su competitividad, a la debilidad del aparato institucional que fija "las reglas del juego" y a la naturaleza centralizadora y, a menudo, autoritaria del Estado.

Ocultos demasiado tiempo por la existencia de distintas rentas (la renta petrolífera, el dividendo de la guerra contra Israel, en los países del "frente", la renta de la guerra fría, la renta turística, las transferencias de los emigrantes, la ayuda para la cooperación, etc.) las disposiciones de las economías de los PTM salen a la luz: tras el contrachoque petrolífero (fin de la renta petrolífera), tras la caída del muro de Berlín (fin de la renta de la guerra fría por alinearse con las grandes potencias), tras la conferencia de paz de Madrid (1991), tras la guerra del Golfo (fin del dividendo de guerra: Jordania, OLP, Siria, Egipto), tras la firma de la Declaración de principios entre Israel y la OLP (1993) y la firma de la paz israelo-jordana (1994), tras el rechazo de los inmigrantes árabes de los países del Golfo y la disminución drástica de las transferencias (descenso de las transferencias de los inmigrantes hacia Jordania y los territorios palestinos ocupados) y la disminución de las transferencias de los inmigrantes magrebíes, principalmente argelinos, debido a la crisis interna de Argelia, del envejecimiento de la población inmigrante, de la opción de los inmigrantes de invertir sus ahorros en los países de acogida, tras la caída de los ingresos turísticos (principalmente en Egipto, después de los atentados islamistas, 1993-1995).

Todo esto ocurre en un momento en que la Europa comunitaria debe reorientar una parte de sus recursos hacia los países de la Europa central y oriental (PECOS), en que las inversiones privadas y públicas siguen desviándose del Mediterráneo y en que la concurrencia de los demás países en desarrollo en el Mercado europeo se aviva, tras la Ronda Uruguay la firma del acuerdo de Marrakesh (1994) y la creación de la OMC (Organización Mundial del Comercio).

El proyecto de asociación euro-mediterránea, lanzado por la UE en 1992 y concretado en la Comunicación de la Comisión del 19 de Octubre de 1994, debe leerse y analizarse a la vista de la evolución reciente acaecida en Europa (ampliación hacia el Norte), en el

Mediterráneo (crisis argelina, estallido de la ex-Yugoslavia pero también proceso de paz árabe-israelí) y en el mundo, con la puesta en marcha de una zona de libre comercio entre los Estados Unidos, Canadá, México (ALENA) y la consolidación del ASEAN (cuya última reunión en Brunei, julio 1995, ilustra el dinamismo) y el acuerdo de la Ronda Uruguay.

De hecho, la UE no sólo se apercebe de los límites estructurales de su enfoque global tradicional con respecto al Mediterráneo (Política Global Mediterránea y Política Mediterránea Renovada) sino que se da cuenta del peligro, para su propia seguridad, del escenario tendencial en el Mediterráneo, marcado por una marginalización duradera de los PTM en la mundialización-regionalización en curso.

La asociación euro-mediterránea remite a lo que algunos llamaron el escenario Ulises, es decir, un escenario en el que un codesarrollo euro-mediterráneo estaría impulsado por Europa y en el cual muchos PTM encontrarían la vía de su desarrollo.

Hemos expuesto en este estudio cuan difícil es poner en práctica el proyecto de asociación euro-mediterránea, ya que requiere, además de la movilización de recursos financieros importantes, un compromiso político real por parte de la Unión Europea y de los Estados Terceros Mediterráneos, así como reformas económicas e institucionales en profundidad, que permitan a los PTM enfrentar las dificultades de adopción y de ajuste de su economía respecto de las exigencias de la apertura mundial y de la competitividad, asegurando al mismo tiempo la participación de la sociedad civil, la dinamización del sector privado y el esclarecimiento de las "reglas del juego" para captar el ahorro local y drenar capitales externos.

La asociación euro-mediterránea es, pues, un proyecto voluntarista: se trata de garantizar la seguridad de Europa con el reparto de la prosperidad, asegurar la estabilidad de los PTM con el desarrollo y la democracia participativa; en suma, poner en marcha la solidaridad euro-mediterránea con una política real de proximidad, basada no sólo en la geografía (lo que es obvio), sino principalmente en las sinergias culturales y el conocimiento mutuo.

En este proyecto, la creación de una zona de libre comercio constituirá un cambio importante en las relaciones euro-mediterráneas, no tanto por sus efectos económicos limitados, (al menos en la primera fase) como por su impacto psicológico y político y por su efecto publicístico y multiplicado para antici-

par y captar inversores locales y exteriores, así como por el efecto de segunda política y social que ofrecerá a los PTM.

De todos modos, sería erróneo creer que el proyecto euro-mediterráneo es sólo responsabilidad de los países ribereños. Es importante implicar en él a todos los países europeos - principalmente a Alemania -, que deben sentirse plenamente afectados, y a *todos los países del hinterland árabe*, sobre todo los países del Golfo que pueden disponer de serias oportunidades de inversión.

Esto no significa que se deba minimizar el papel de los países mediterráneos de la Unión Europea. Tendrán que jugar un papel primordial, aunque sólo sea porque la creación de una zona de libre comercio debiera afectarles más que a otros países. También, si la asociación euro-mediterránea debe apuntar, como meta última, a la eliminación de las escandalosas disparidades presentes, conviene profundizar en la reflexión futura sobre el papel estratégico de bisagra que debería atribuirse a las regiones mediterráneas del Norte (España, Italia, Grecia, Francia y Portugal), así como sobre el proceso de un nuevo reparto intra-regional del trabajo.

Finalmente, un último comentario. En la articulación de la asociación euro-mediterránea, la Conferencia de Barcelona constituirá un hito importante. Pero no servirá más que para iniciar el movimiento. Corresponde, pues, a todos los Estados afectados, y principalmente a las sociedades civiles, convertirlo en una gran esperanza.

Bichara Khader
Europa y el Mediterráneo
Icaria. Barcelona, 1995

El racismo

El racismo es un mal absoluto porque constituye la más grave negación de los valores sobre los que se asienta la civilización. Valores seculares como la libertad, la igualdad, la fraternidad; valores religiosos como el de la dignidad de toda persona como criatura de Dios.

Hay que combatir sin tregua el racismo, a quienes, abiertamente o no, recurren a él o lo invocan. Hay que combatir el racismo que duerme con un ojo abierto en todos nosotros, porque la raza es uno de los temas de esta exclusión que caracteriza a las sociedades humanas.

La Fundación Caixa de Catalunya se ha comprometido en esta lucha publicando una edición especial de su revista *Nexus*. La obra merece que se le preste atención a causa de los fuertes y significativos dibujos que la ilustran. Más aún, a causa de los textos de que se compone. En ella se mantienen con energía y pertinencia, entre otros, dos argumentos.

Según el primero, en el que hay que apoyarse, las tesis racistas carecen de todo fundamento científico. Aunque se dan diferencias entre las razas, éstas afectan a caracteres secundarios y no justifican en modo alguno la jerarquía que se pretende introducir. Sobre todo porque los individuos o comunidades de raza pura, si es que existen, constituyen excepciones, y porque la evolución del mundo nos conduce desde hace mucho tiempo a un mestizaje gradual, más o menos avanzado, sin ningún perjuicio para las cualidades de la especie. No existe ni una raza pura ni una raza superior.

Según el segundo argumento, del que hay que tomar conciencia política, el racismo es una de las formas que ha adoptado siempre la tendencia que tenemos a rechazar, apartar y marginar al prójimo. Ahora que nuestras sociedades experimentan graves crisis de transformación, esto es mucho más grave. Buscamos culpables sobre los que hacer recaer la responsabilidad de los sinsabores que sufrimos. Es muy fácil decir y hacer creer, por ejemplo, que la inmigración es la causa del paro. Este es, como sabemos, el resultado de una revolución tecnológica cuyos efectos no hemos sabido ni querido prever y de la que nos guataría quedarnos sólo con las ventajas. Por tanto, si queremos

estar prevenidos contra la perversidad de las tesis racistas y combatirlas, tenemos también que tener cuidado con los efectos perversos de las transformaciones dolorosas de nuestra sociedad, ya que nos inspiran malos comportamientos.

Para nuestros responsables imprevisores y cobardes, el racismo es una coartada cómoda: la causa de nuestros males, dicen falazmente, no es nuestra incapacidad para prever las transformaciones esperables, sino la inmigración. De este modo, se puede seguir siendo conservador con facilidad y ahorrarse el valor necesario para concebir y emprender las reformas y cuestionamientos pertinentes.

Pero el debate así entablado invita a reflexionar sobre nuestro sistemas educativos y el papel que podría desempeñar en la prevención del mal que se pretende combatir.

Cuando nació la Comunidad Europea se hizo una prueba. Se encargó a grandes profesores, conocidos por su cultura y sus mentes abiertas, que escribieran la historia de Europa. Cada uno de los países miembros enseñaba a su manera su historia nacional. Nadie había pensado hasta entonces en el hecho de que la historia es un bien común a todos nuestros países, ya que se compone de los conflictos que nos enfrentaron, los repartos que realizamos y las alianzas que concebimos. La tarea de estos eminentes profesores resultó ser mucho más difícil de lo que se imaginó en un principio, porque las obras y lecciones de los sistemas escolares destilan una historia que halaga al país respectivo y denigra a los demás. Nadie piensa en abrir las mentes de los alumnos a la infinita diversidad de Europa, mucho menos del mundo, y, dentro de esta diversidad, a la unidad de la especie.

A mí se me enseñó la historia de Francia que fuera hostil o desconfiado con respecto a España, Italia, Alemania y el reino Unido, aunque ahora mi historia está mezclada con la suya y mis hijos tienen que hacer un futuro común de nuestras querellas pasadas. No estoy seguro de que mis nietos no absorban en la escuela, incluso hoy, el veneno del nacionalismo y, en consecuencia, el de la xenofobia, que me quisieron inculcar. Nacionalismo no es lo mismo que racismo, pero...

Entre la xenofobia histórica y el racismo cotidiano hay muy poca distancia y en la escuela se debe enseñar la curiosidad, el conocimiento, la aceptación, el respeto

al otro: la apertura a los demás. Cuando ése sea el caso, la lógica cultural y social se habrá invertido y las diferencias, lejos de constituir un peligro, se verán como fuente de riqueza.

Es necesario que llegue un tiempo en el que no haya que decir que toda referencia a la raza carece de fundamento científico y es moralmente inaceptable; en el que se diga que existen en el mundo comunidades humanas a las que el suelo, el clima y la proximidad del mar han modelado de forma diferente y cuya fisonomía, color de piel, conducta, apariencia, lengua, cocina y civilización son distintos de los de todos los demás, pero que los seres que las integran son niños, mujeres y hombres como nosotros. Cuando la diferencia se acepte como una simple diferencia y, por tanto, como una originalidad, cuando la raza se considere como un modo de ser humano y no como un signo jerárquico, como la base de una distinción y no de una clasificación, habremos entrado en una era nueva en la que, sin duda, será más fácil vivir, y en la que cada cual poseerá la riqueza de toda la experiencia humana.



Pero mi portera no me comprende cuando le digo que todos somos iguales y que un negro es semejante a un blanco. Ella ve lo contrario. Me dice lo contrario. Me comprende cuando le digo que cada cual tiene su manera de ser, de parecer, de vivir y de hablar y que, cuando se conoce a la pareja negra que vive en ese piso al que se llega por la escalera de servicio, resulta igual de simpática, cordial, inteligente, sensible y honrada que otras que son "de aquí". Lo comprende mucho mejor porque es portuguesa y el cocinar con aceite de oliva le ha valido algunos comentarios desagradables.

Aprender desde el colegio la extraordinaria diversidad del género humano, no ver en ella un obstáculo, y mucho menos un motivo de rechazo, sino, por el contrario, una causa de curiosidad, y puede que de simpatía.

Una noche en que se produjo un atentado en el que hubo muchos muertos, un periodista me preguntó qué sentimientos había experimentado al enterarme de que habían sido asesinados varios judíos. Le contesté que cuando la violencia golpeaba, yo no me preguntaba nunca por el origen de las víctimas, sino que me rebelaba contra ella y lloraba sobre los cuerpos destrozados.

Las diferencias que existen entre los seres no deben servir de base para ningún juicio; todos y cada uno de nosotros debemos ser respetados y solicitados por nuestro modo de ser humanos.

Edgar Pisani

(es Presidente del Instituto del Mundo Árabe de París y el director de *L'événement Européen*.)
El País, 1 de septiembre de 1994

Cotidianidad y vida de una inmigrante negra

El racismo como primer diálogo de contacto

CÓMO LLEGAMOS

Por increíble que parezca no hemos llegado por navío, tampoco venimos a trabajar en la caña de azúcar o en las minas de oro... Por esta vez tampoco viajamos gratis en las bodegas, por lo que hay que ahorrar meses y meses para el viaje o pedir prestado a algún/a amigo/a para pagar la primera mensualidad del billete de viaje (que últimamente se vende a plazos). [...]

Los/las estudiantes universitarios/as y/o profesores/as acostumbran a tener mejor suerte, pues es el gobierno el que les paga el viaje y la estancia, siendo esta "paga" en forma de beca. [...]

[...] Salir sin mirar más que el objetivo de "mejorar la vida de los niños, una casa para mamá, o un baño, o una habitación más para que no tengan los niños que ver a papá y mamá haciendo esas cosas difíciles de explicar..." (relato de una dominicana- 1994).

Se podrían explicar tantas historias... tantas salidas y detalles distintos... Pero en el repaso que hago veo algo en común en todas ellas: *nadie sabe muy bien en que consiste el destino*.

[...] Todo este universo es un gran desconocido. Para muchas de ellas, jóvenes, analfabetas, madres pobres..., incluso para aquellas mujeres de clase media, con nivel de estudios superiores -como es el caso de las mujeres sudamericanas-, España, Europa no son más que nombres sin "caras ni cruces".

QUIÉNES SOMOS

Las mujeres de origen no europeo son un contingente importante dentro del universo de inmigrantes en el Estado Español. Hoy en día suponen un sector significativo dentro del colectivo de inmigrantes, totalizan-

do un 36% de los/las trabajadores/as extranjeros/as en España. Una gran parte de estas mujeres están distribuidas, en términos laborales, en los trabajos de poca cualificación y tradicionalmente asociados a la mano de obra femenina; van desde empleadas del hogar, servicios de limpieza y cuidado de ancianos y niños hasta la prostitución [...]

En la última década, según la autora Rivas Nina, hubo un aumento de la demanda laboral de mano de obra femenina para la realización de "las tareas domésticas" en muchas ciudades españolas. [...] Si en un primer momento esta demanda va a ser nutrida por la mano de obra femenina nacional de origen rural, estas mujeres irán dejando poco a poco este sector para acceder a otros campos laborales. Esto provoca un "vacío" que permitirá que las inmigrantes vayan cubriendo esta demanda doméstica incluso con sueldos más bajos y jornadas de trabajo más largas, ya que casi todas trabajan bajo el régimen de "internas". Dentro de esta lógica, se puede decir que parte de la emancipación de la burguesía femenina europea y española se va a hacer a costa de la labor, en régimen de semiesclavitud, de las inmigrantes pobres del Sur, dándose la "coincidencia", como 500 años atrás, de que se trata de nuevo de mujeres de origen negro y/o indígena.

[...] Ni tan sólo las pocas conquistas alcanzadas por las mujeres del Estado llegan a las trabajadoras extranjeras, lo que hace más difícil la unificación de las luchas femeninas comunes. [...]

EL RACISMO COMO PRIMER DIÁLOGO DE CONTACTO

La verdad es que hablar sobre la primera forma de contacto de las mujeres inmigrantes es referirse a la discriminación racial en el ámbito del trabajo, de la educación, en el ámbito jurídico y policial.

A la entrada de las mujeres en el Estado español, el grado de discriminación policial a la cual serán sometidas varía (jerarquizándose) según:

- 1º el color de la piel (raza negra),
- 2º los rasgos étnicos (indígena, árabe, asiática...),
- 3º el país de origen (ser del Sur o de países pobre) y
- 4º las condiciones económicas (pobres).

Esta escala nos permite explicar, gráficamente, que una mujer negra, del Sur y pobre, estará en el más alto escalón de la escalera de víctimas del racismo y tendrá pocas posibilidades de conseguir entrar en el territorio español. Más que un fundamento o base legal para impedir la entrada de estas mujeres, lo que hay es un fundamento subjetivo, basado en un racismo ideológico, presente en esta sociedad de la cual forma parte el cuerpo policial. [...]

EL RACISMO: SUS IDEOLOGÍAS Y EL MITO DE LA DEMOCRACIA RACIAL

Una cuestión importante a tratar es la del racismo respecto a la comunidad negra. España es uno de los muchos países que intenta vender una imagen de "democracia racial", que en la práctica no se puede sostener. Los negros y las mujeres negras sufren duramente las consecuencias del racismo añadidas a las de la xenofobia, tanto a la hora de buscar trabajo como en las relaciones cotidianas, llamadas de convivencia.

Hay un conjunto de símbolos que poco a poco van generando un proceso de "cosificación" de la población negra, que se manifiesta en el vocabulario y actitudes que favorecen los brotes de racismo.

En la sociedad española todavía persisten un lenguaje y unas expresiones justificadoras de los roles de inferioridad, servidumbre, salvajismo, en relación a la comunidad negra, tales como: "trabajar como un negro, o como una negra", "ser una merienda de negros", "sudar como un negro", "quiero que un negro me abanique", "las cosas están negras"...

Por lo que se refiere a los contenidos escolares, el continente africano también es mostrado de forma superficial y tendenciosa. En los libros de texto no se empieza a hablar de África hasta que se produce la invasión europea, tratada eufemísticamente de descubrimiento.

[...] Hay, además, una tendencia a tratar a la población negra a partir de la invisibilidad; pasamos por invisibles aunque irónicamente nos llamen negras o negros. [...]

En la actualidad, el colectivo más representativo de mujeres inmigrantes son las negras de origen domi-

nicano; pero la sociedad española, sigue intentando convencerse por sí misma de que no es así, diciendo que aquí no hay racismo porque no hay negros (como en Alemania). Sin embargo lo que se debería decir, en realidad, es: "aquí hay racismo y además hay negros y negras".

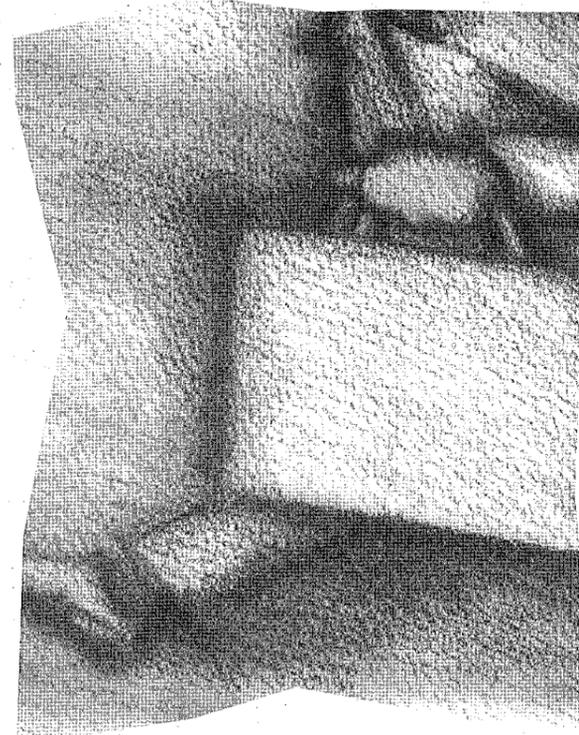
[...] Sentarse en un bar y no ser atendida porque no te ven. Sin embargo, sí que te pueden ver y mucho, cuando entras en grandes almacenes o supermercados y la dependienta te vigila desde la entrada hasta la salida; o cuando entras en una farmacia y, antes de que te "toque la vez", la dependienta se acerca a la caja registradora y te pregunta: ¿Tú que quieres?. Se pueden mencionar otros casos como el de Vitoria, en que tres hombres y una mujer agredieron físicamente a una mujer de raza negra guineana en una discoteca repleta de personas y nadie detuvo a los agresores; además, la sentencia final del juez es que le parecía una agresión mutua, aunque solo la mujer de raza negra presentase lesiones graves como confirmó el forense.

Esto sirve para ilustrar el racismo ideológico y el racismo físico. Es este caso los espectadores practicaban el racismo ideológico (todos imaginaban que era negra por lo tanto prostituta), mientras que los demás practicaban un racismo físico. Desde mi punto de vista, el racismo ideológico puede ser a veces peor porque sólo sus víctimas saben que están siendo discriminadas, oculto esto por los estereotipos de igualdad racial. [...]

LA MIGRACIÓN: ¿UN DERECHO O UN CRIMEN?

Las migraciones humanas pueden sonar, a primera vista, como algo diferente y novedoso para algunos medios de comunicación; pero para la gran mayoría de la población del Estado español resulta algo bastante familiar. [...]

Sin embargo, el aprendizaje de la convivencia multicultural no parece haber permanecido en la memoria histórica de los individuos de esta sociedad, como lo prueba el hecho de que las relaciones dentro de la misma no son de una convivencia solidaria ni la normalidad esperada desde un punto de vista pluricultural.



Esto, en parte, es el resultado de la falta de un trabajo de las instituciones educativas que apoyasen y potenciasen el aprendizaje de otras culturas (principalmente las del Sur), dentro de un carácter igualitario y menos eurocéntrico.

La falsa idea del Estado-nación todavía es utilizada, cuando, en momentos de crisis económica, el Estado no puede dar respuestas a las presiones sociales y las/los inmigrantes se convierten en el chivo expiatorio de todos los males. Para un mayor apoyo de la sociedad civil, el gobierno manipula datos que potencian el miedo a la presencia de los distintos, diciendo que vienen a invadirlos, cuando se sabe que estadísticamente los/las inmigrantes no-comunitarios no llegan al 1% de la población europea. Además, sumando y comparando los/las refugiados/as del mundo, el Estado español no figura, precisamente, entre los países más receptores de estos colectivos. Según el ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para refugiados), hay actualmente millones de refugiados en el mundo, acogidos en su mayor parte, por los países más pobres. La Comunidad Económica Europea, que se dice amenazada por la inmigración que llega del Sur, para poder justificar medidas cada vez más restrictivas, en 1988 sólo acogía el 5,8% de los refugiados y refugiadas del mundo.

Son estos datos los que dan sentido a las afirmaciones de Martínez Rodrigo: "La comunidad Europea se inven-

ta las migraciones. En los años 60, para dar el salto a la nueva tecnología hacia falta mano de obra barata y móvil que estuviera al servicio de la coyuntura económica. Si es de desarrollo, que vengan. Si es de recesión, que se vayan. Es como una herramienta que se alquila cuando me hace falta, y se devuelve cuando no, sólo que son personas". A partir de este análisis podemos entender que, sobre la lógica de la desigualdad, los países ricos cierran un acuerdo de aranceles para la libre circulación de mercancías llamado G.A.T.T., pero que prohíban la circulación de personas no ricas, ni siquiera para la reagrupación familiar (como se decidió en la Cumbre sobre población y Desarrollo celebrada en el Cairo en septiembre de 1994)

[...] Se oculta, además, que la migración puede ser un hecho que, a corto plazo, alivie la situación de miseria de estos países, a través del dinero enviado a sus compatriotas (familiares, en general) por los/las inmigrantes. [...]

LA CUESTIÓN JUDICIAL: LA LEY DE EXTRANJERÍA NOS TRATA COMO DELINCUENTES

Podemos decir que en la vida en el Estado español de los y las inmigrantes se distinguen dos épocas muy marcadas: antes y después de la Ley de Extranjería. Aunque el su texto esta ley se proclama como Ley de Libertades y Derechos de los Extranjeros, lejos de lo que su nombre indica, es un documento de restricción de derechos a extranjeros, como señaló el colectivo SOS-Racismo. La arbitraria aplicación de una ley injusta desde las administraciones y la policía ha empeorado aún más la situación.

En el período del 85 al 89, se duplicó el número de repatriaciones en la frontera a los países de origen o a terceros. Pero, sobre todo, se ha endurecido la política de controles a inmigrantes y de expulsiones; en el mismo período, se triplicaron las detenciones y aumentaron en más de cinco veces las expulsiones, que en muchos casos fueron colectivas. La conclusión que podemos extraer es que Europa quiere hacer impermeable su frontera mediterránea. [...]

LAS RELACIONES LABORALES: CUÁNDO CALLAR Y CUÁNDO HABLAR

Podemos decir que la Ley de Extranjería, junto al racismo y el machismo son elementos silenciadores de las luchas de muchas mujeres inmigrantes contra la imposibilidad de solicitar el divorcio, por denunciar las malas condiciones de trabajo a que jefas y jefes someten a las empleadas del hogar (principalmente a las negras), el régimen de explotación sexual a que muchos dueños de redes de prostitución someten a estas mujeres y los malos tratos infringidos por la policía.

Por consiguiente, la participación en los movimientos sociales de las mujeres inmigrantes es mínima, debido a una serie de limitaciones sociales (con quién dejar los niños, el idioma...), pero principalmente por temor a la represión policial y, consecuentemente, a la expulsión.

No obstante, a nivel cultural y político algunos colectivos de mujeres como es el caso de las dominicanas, en los encuentros de los jueves en Madrid o en las discotecas de salsa y merengue, empiezan a organizarse y a reivindicar sus derechos.

LAS PROPUESTAS CONSERVADORAS DEL SINDICALISMO

Es bastante lamentable que los derechos de los trabajadores no alcancen todavía a la empleadas domésticas. El hecho de que estas actividades sean realizadas por mujeres parece que confirma que las propuestas sindicales todavía marginan este sector. La no protección laboral hace que muchas de estas mujeres trabajen sin vacaciones, sin límite de horario ni de jornadas, sometidas a sobrecargas de trabajo (algunas son contratadas para cuidar niños y acaban haciendo todo el trabajo de casa por el mismo sueldo), empeorando significativamente su calidad de vida.

Por otro lado, muchas de las reivindicaciones de los movimientos sociales se quedan cortas, por no decir que tienen una actitud conservadora a la hora de contemplar los derechos de los inmigrantes, en tanto que trabajadores/as como los/las demás. No se puede reivindicar el derecho al trabajo, tomando

como base argumental el hecho de que sólo ocupamos "los peores puestos de trabajo". Esta situación puede ser circunstancial, pero no puede convertirse en una reivindicación sindical, ya que confirma que las inmigrantes pueden venir, siempre que se conformen con trabajar en peores condiciones que los nacionales (semiesclavitud), dado que así no compiten con la mano de obra local.

Esta visión es inaceptable, puesto que antes que nada se debería analizar la explotación del Sur por el Norte y, en segundo lugar, las organizaciones sindicales deberían defender los derechos de todos los trabajadores y trabajadoras, además de un reparto más justo de la riqueza.

Por último, no se puede olvidar que el término "inmigrantes" no puede ser empleado como una categoría aparte, como lo intenta hacer la Ley de Extranjería: somos migrantes cuando nos movemos (o trasladamos), pero una vez en el país de acogida somos y reivindicamos nuestro derecho a la ciudadanía.

Sin embargo, todo el trabajo que se pueda hacer debería tener una base de partida común, que debería empezar por la eliminación de una ley favorecedora de brotes racistas, pasando por la reivindicación de la diversidad para convivir. La diversidad, la convivencia con el distinto enriquece la tolerancia y facilita que símbolos negativos, que dificultan el aprendizaje -los estereotipos-, poco a poco se transformen en símbolos constructivos de la personalidad de individuos -arquetipos-. El reparto de la riqueza entre el Norte y el Sur es quizás la primera hoja y el visado de entrada para una sociedad justa e igualitaria.

Angela María da Silva Gomes

AA.VV. Extranjeros en el paraíso.

Ed. Virus. Barcelona, 1994.

Angela María da Silva Gomes es ingeniera de Montes y especialista en Educación Ambiental, es activista de Mujeres Internacionalistas en Vitoria. Es representante del Movimiento Negro Unificado de Brasil en España.

La invasión tercermundista

"Todo hombre y toda nación tienen el sagrado derecho de preservar sus diferencias y su identidad en nombre de su futuro y en nombre de su pasado", escribe el francés Jean Raspail en una estremecedora novela ("Le camp des Saint") acerca del riesgo que supone para Occidente la invasión pacífica de Europa por los indigentes del Tercer Mundo.

Yo hubiese precisado así: "...por "respeto" a su pasado y por "prevención" de su futuro". Por respeto a su pasado, porque toda nación es como una nave ya anclada en la Historia con unas características determinadas -idioma, costumbres, religión, familia, tradición, escala de valores- cuidadosamente preservadas a través de los siglos y que conforman su personalidad única y diferencial. Y por prevención de su futuro, porque no es admisible, que una sola generación, en nombre de unos principios pasajeros, de ética dudosa (aunque se amparen en ella), transformen de un plumazo la idiosincrasia de pueblos viejos y gloriosos que con su ciencia, investigación, audacia, descubrimientos y modo de ser, han ido elevando la dignidad de la especie humana a límites impensados. Esto es Europa: no un espacio geográfico determinado, sino una cultura en que cada uno de sus miembros jugó en su día un papel determinante, como si se hubiesen distribuido la especialidad del trabajo

para transformar a la especie humana en algo muy superior a su condición animal: cuna del genio, y el ingenio: de los descubrimientos geográficos, químicos, biológicos, físicos, astronómicos, atmosféricos y técnicos; traductores y enunciadores de las Leyes de la Naturaleza; domadores y primeros usuarios de las ondas invisibles de la luz, el sonido y la electricidad que pueblan el espacio; taller inmarcesible de todas las artes; inventores del derecho internacional, civil, penal y político; pioneros del espacio extraterrestre; creadores del Estado moderno; fuente de riqueza y templo del bienestar.

Todo ello está en riesgo de esfumarse, como niebla movida por el vendaval; si no se toman serias medidas comunitarias contra la lenidad en la aplicación de las Leyes de Inmigración. Europa es un formidable foco de cultura y prosperidad, que irradia su luz sobre el resto del planeta, pero es un territorio mínimo frente a una inmensidad poblada por diez mil millones de seres de los cuales las nueve décimas partes pertenecen a lo que se ha querido llamar el Tercer Mundo. La raza europea y sus prolongaciones en América y Australia son como una leve mancha de piel blanca, como la Vía Láctea en el firmamento, frente a la dermis afroasiática-polinesio-americana del oscuro espacio del resto de la Tierra.

En su libro-denuncia, Jean Raspail se declara antirracista. No pretende matizar los derechos humanos de valor universal según el color de la piel. Él no está haciendo la apología de la raza blanca en detrimento o menosprecio de las de color. Lo que está es defendiendo un espacio cultural y político -Europa-, de una invasión foránea de indigentes (si no lo fuesen se quedarían en sus países) cuyos individuos son de evidente inferioridad cultural, educacional, higiénica y sanitaria, de otras costumbres, de otras religiones, con otra escala de valores, otros gustos y un muy diferente sentido reverencial del trabajo.

El crítico literario Jeffrey Hart, de la Universidad americana de Princeton, reconoce el carácter no racista de la obra citada, al escribir; "Raspail is not writing about race, he is writing about civilization".

Asombra, pasma enumerar, lo que ha hecho Europa en el mundo y para el mundo, y estremece pensar que todo ello pueda perderse, difuminarse, oscurecerse -la piel también ¿por qué avergonzarse de ella?- con la invasión pacífica de genes extraños que no portan con ellos ni el amor a la superación, ni la veneración al trabajo bien hecho, o simplemente al trabajo.



Cristina López Schlichting, en un magnífico reportaje publicado el domingo 12 de diciembre en ABC, nos cuenta su entrevista con un niño marroquí de 14 años, inmigrante ilegal en España. Conviene advertir que este rapazuelo fue buscado y descubierto por la periodista, y no por la policía a pesar de ser delincuente habitual y haber penetrado en patria ajena en amplia violación de nuestras leyes. Pues bien. El chico declaró a la periodista: "Yo en Marruecos no robaba. Allí es peor".

Lo que viene a confirmar mis frecuentes denuncias a la blandura y suicida lenidad de nuestras leyes y justificar la pregunta que planteé en estas mismas páginas el 3 de noviembre pasado: "¿No hemos visto hasta la saciedad que el destino de esos pobres desdichados de las pateras no puede ser otro que la delincuencia o la mendicidad?"

En España existen, según el bien documentado reportaje de Cristina López Schlichting, 200.000 marroquíes, de los cuales 68.000 son legales y el resto clandestinos. Sumemos argelinos, tunecinos, mauritanos, filipinos, chinos, cada uno en sus guetos voluntarios, con sus mafias propias o jugando por libre; añadamos los de la Europa oriental y traficantes de droga suramericanos y convendremos en que el problema no es baladí.

Llegan en las famosas pateras, jugándose la vida a través del Estrecho de Gibraltar y conducidos y explotados por los mercaderes de carne humana. Pero también escondidos en los bajos de los camiones o en sus cámaras frigoríficas, con el convencimiento de que España es su tierra prometida. Y no por la bondad de su clima sino por la lenidad e inadmisible permisividad de sus leyes o -como yo me temo- de su aplicación.

Hay que poner remedio a esto. No solo con la expulsión automática de los ilegales "sin posibilidad de reincidencia por haber violado una vez las leyes del país", sino con el uso de una extrema prudencia en la concesión de los permisos legales de inmigración, con la mira puesta exclusivamente en las estadísticas y necesidades de mano de obra. Es decir -y me dirijo con ello al Gobierno- en defensa de los intereses que el país ha puesto democráticamente en sus manos.

Porque, como ha escrito Jean Raspail: "Todo hombre - y toda nación- tiene el sagrado derecho de preservar sus diferencias y su identidad en nombre de su futuro y en nombre de su pasado".

Torcuato Luca de Tena
ABC Madrid, 28 de diciembre 1996

Textos

Perseguidos, humillados y ofendidos

a sí es como se les trata por parte de la Policía Municipal a los africanos que tratan de ganarse el pan de cada día vendiendo sus baratijas los días festivos en el paseo del estanque del Retiro: tienen que salir corriendo a la desbandada atropelladamente. Entre los que huían se hallaba una mujer senegalesa, portando a la espalda, cogida con un chal, una preciosa criatura de no más de un añito, perseguidos por la policía como si fuesen peligrosos delincuentes por entre los arbustos del parque. Poco después estuve hablando con esta mujer senegalesa. No tiene trabajo, se le expulsa de los corredores del metro, no puede vender por la calle, se le persigue en el parque del Retiro y el Ayuntamiento no le concede permiso para vender en el parque. Yo me pregunto: qué es lo que tienen que hacer estas personas para ganarse la vida honradamente? Cada día vemos por la televisión los horrores de las guerras en el continente africano, donde mueren cientos de personas y nos sentimos impotentes por no poder hacer nada para evitarlo, y a los que tenemos junto a nosotros no somos capaces de echarles una mano.

Ayudémosles a seguir adelante y que no sean más ni *perseguidos* ni *humillados* ni *ofendidos*.

José Bernal
El País, 5 de mayo de 1997

Trabajadores Internacionales

“Lloraba por su vida y nos contaba los avatares de su vida; un hombre sencillo procedente de la rama pobre de la cabila, un buen hombre que tuvo que emigrar a Francia a la edad de veinte años, sin saber leer ni escribir, conociendo sólo del islam algunos versículos del Corán y las cinco oraciones del día, un hombre sin pretensiones, sin grandes ambiciones, cuyo único capital es la fuerza física y sus bienes más preciados son sus dos hijos y su mujer. De Francia sólo conoce las paredes de la fábrica y del dormitorio común que comparte con otros nueve emigrantes. De la noche a la mañana se ve trasladado de un pueblo, que el cielo maldijo, a otro donde no reconoce ni las gentes ni las cosas. Vivía pensando en nosotros. Trabajaba para que no nos faltase de nada. Nos ofrecía su vida; su vida éramos nosotros”

Fragmento de la novela *Con los Ojos Bajos*
Tabar Ben Jelloun

Año Europeo antirracista

el racismo no es cuestión de realidades sino de estupidez. Los individuos que sitúan su raza por encima de las otras son evidentemente inferiores. Porque, sin duda, hay individuos mucho más inteligentes que ellos en las razas ajenas. Sólo la inseguridad y el egoísmo -a la vez que la torpeza- pueden explicar la xenofobia. El temor a que el otro, por valer más, nos arrebatase lo que hemos conseguido asir con todas nuestras fuerzas, o nos frustrase las ilusiones, o rompa las maromas que nos atan al barco que imaginamos sólo nuestro. Ante el hecho de ser hombre o mujer, todo lo demás es accesorio: culturas, credos, ideologías, colores, fes y dioses.

Antonio Gala
El Mundo, País Vasco. 22 de julio de 1997

No soy un racista

No soy un racista, pero tengo en cuenta mis tradiciones. No soy un racista, pero tengo en cuenta mi folklore. No soy un racista, pero tengo en cuenta mis raíces. No soy un racista, pero las hamburguesas, el pollo frito y la coca-cola forman parte de mi patrimonio cultural. No soy un racista, pero no estamos preparados para recibir a todos estos inmigrantes. No soy un racista, pero nos faltan las estructuras. No soy un racista, pero nos faltan los lugares de acogida. No soy un racista, pero nos faltan los espacios. No soy un racista, pero sólo nos faltaban los negros. No soy un racista, pero hubieran podido quedarse en su casa. No soy un racista, pero roban puestos de trabajo a nuestros hijos. No soy un racista, pero roban el pan a nuestros hijos. No soy un racista, pero roban los puestos del mercado a nuestros hijos. No soy un racista, pero si son caníbales, después de haberles robado, a lo mejor se los comen. No soy un racista, pero si son negros alguna cosa habrán hecho. No soy un racista, pero ¿y si después resulta que transmiten alguna infección? No soy un racista, pero ellos trafican con drogas. No soy un racista, pero es mejor que trafiquen los blancos. No soy un racista, pero ellos hacen competencia desleal. No soy un racista, pero no es justo que hayan miles vendiendo cajas de cerillas sin licencia. No soy un racista, pero en lugar de hacerles venir aquí mejor sería ayudarles en sus países de origen. No soy un racista, pero con la frase anterior me he quedado con la conciencia tranquila. No soy un racista, pero ellos ¿tienen conciencia?. No soy un racista, pero no hay que hacer demagogia. No soy un racista, pero Hitler, por ejemplo no hacía demagogia. No soy un racista, pero aquello del negro crucificado fue realmente una exageración. No soy un racista, pero en Villa Literno no lo crucificaron: sólo le dispararon. No soy un racista, pero cuando un negro en el autobús se me sienta al lado, yo cambio de asiento. No soy un racista, pero una vez soñé que en el autobús sólo había negros. No soy un racista, pero desde entonces vivo atormentado. No soy un racista pro desde entonces antes de subir al autobús, miro bien quien hay dentro.

"Cuore", 2-4-90
En Pie de Paz
Tercera Época nº 25, otoño 1992



"Desde la perspectiva antropológica todos los pueblos y culturas revisten el mismo interés... la antropología se opone al punto de vista de los que creen ser los únicos representantes del género humano, estar en el pináculo del progreso o haber sido elegidos por Dios o la Historia para moldear el mundo a su imagen y semejanza"

(M.HARRIS:
Antropología cultural, Madrid,
Ed. Alianza 1990. p.18).

"Cada uno llama barbarie a lo que no pertenece a sus costumbres".

(MONTAIGNE:
"Obras Completas" citado en TODOROV:
Las morales de la Historia, Ed. Paidós p.27)

"Una cultura tan sólo evoluciona por sus contactos: lo intercultural es constitutivo de lo cultural"

(T.TODOROV:
Las morales de la Historia, Barcelona,
Ed. Paidós, p.109)

Testimonios extraídos del libro "Todo negro no igual. Voces de emigrantes", de Beatriz Díaz. Editorial Virus-Likiniano Elkartea. Bilbao, 1997. La autora recogió directamente estos testimonios de inmigrantes del barrio de San Francisco de Bilbao. En el prólogo señala: "Fui así descubriendo a muchas personas cuyas vidas y sentimientos son oscuros e impenetrables pasadizos para la mayoría de nosotros. A veces, sin saberlo, me hice cómplice, me sumergí por segundos en su propio río. Algunas personas, desbordadas por sus sentires me hablaron a cascadas. Otras más calmadas, en fina lluvia. Yo he tratado de absorber todo el agua posible, pues siempre ayuda a crecer"

Racismo

Faisal iba por la calle y coincidió en su recorrido con una manifestación contra el racismo. Se pegó bien a la acera, para que no le confundieran con los participantes:

-Yo no importa mi. Racismo no mío problema... dios sabe quién racista. Mí no importa.

El hermano de Abde lleva ocho meses aquí, pero casi no sabe castellano. Todos los días, al volver del trabajo, entra en casa y ya no sale hasta el día siguiente, para ir de nuevo al trabajo:

-Ya sabes... le da miedo salir. Por eso del racismo.

Me lo contaron *Faisal, de Sudán,*
y *Abde, de Marruecos.*

Preguntas

Un día de Ramadán, la monja Teresa me preguntó que cómo podía soportar una religión que me obliga a pasar hambre durante un mes.

Yo le pregunté entonces que cómo puede ella soportar una religión que, por ser monja, la prohíbe casarse durante toda su vida.

Jakim, de Marruecos

No puedo volver

¿Regresar...?

¡Mejor muerto que vivo! ¡Sólo regresaré en una caja de madera...! En mi país las habladurías matan. Así que no puedes volver con las manos vacías.

Conozco dos o tres personas en mi ciudad que regresaron, y casi se han vuelto locos... no pudieron soportar la presión...

No, no puedo volver... a pesar de que aquí estoy muerto, de que estoy solo, sin trabajo... no puedo volver.

Moustafá, de Marruecos

Tampoco estoy bien allí

Acabo de llegar de Marruecos. He estado allí un mes.

Hace año y medio que no iba, y...¿sabes lo que me pasa?... Después de vivir ocho años en España, cada vez que vuelvo a mi país soy tranjero. Ya no soy como ellos. Y cuando vuelvo aquí, también soy tranjero.

No sé qué hacer... No estoy bien aquí. Mis hermanos no quieren venir, nadie de la familia quiere venir. Tampoco estoy bien allí... no sé...

Abmed, de Marruecos

Aquí estamos muertos

Hemos venido aquí atraídos por el sueño de Europa. Ahora estamos muertos, estamos perdidos. Fracados. Sólo pensando en trabajar, en el dinero. Aquí todo el mundo corre. No se vive, no hay tranquilidad.

Moustafá, de Marruecos

Te preguntan

En mi país, cuando visitas a alguien, hacen todo lo posible para que estés bien. Te dan de comer, te dan conversación... Allí decimos, "que esté bien para que vuelva, para que la siguiente vez venga él solo sin llamarlo"

Por eso en mi tienda de ropa hay un espacio para estar, para hablar, que está en el centro: una mesita redonda, un revistero y tres taburetes, donde me siento con quienes vienen a visitarme.

Aquí son amables también, pero es diferente. Aquí cuando te acogen, te preguntan, pero no para que te sientas bien. Te preguntan para saber más ellos... para sacarte información. Y así no te hacen sentir bien.

Mobamed, de Senegal

Toda la vida ser tranjero

Yo no estoy bien aquí. Voy ver si las cosas van mejor, y si no en uno o dos años me vuelvo a mi país.

Yo estoy pensando mucho en esto... Ya llevò mucho tiempo de tranjero, y eso no es bueno. Diez o quince años se puede estar fuera, pero no más. Yo ya llevo doce años de tranjero... desde los dieciséis años llevo aquí, y ya es bastante...

Ser tranjero es una cosa muy triste, muy triste... A la gente no le gustas. Y yo aquí, claro, no puedes dejar de ser tranjero. Aunque esté muchos años, siempre soy tranjero.

Está bien ir como tranjero unos años para sacar dinero, pero toda la vida ser tranjero... no... eso es mucho...

Ser tranjero es una cosa muy mala.

Sergio, de Senegal

En la frontera ya me conocen

Yo ahora no tengo renovada la residencia. He solicitado exención de visado y estoy esperando la respuesta. Mientras tanto, no debería salir del país: si me agarran en Francia sin papeles me pueden echar. Pero para poder sacar adelante el negocio he de comprar allí el género...

De todos modos, en la frontera ya me conocen. Cuando paso, saludo, les doy algún regalito y ya está.

Me lo contó *John*, de Ghana.

¿También sabes euskara?

Yo estaba en un bar de Hendaya, y le digo a un señor:

-Oye, cómprame algo...

Él me responde en francés:

-Ici on ne parle pas espagnol, ce n'est pas l'Espagne! ¹

Así que le digo en francés:

-Tu n'aimes pas ce que je vends...? ²

Pero él cambió al euskara:

-... Euskal Herrian gaude; ³

Yo sigue diciendo en euskara:

-Ona, polita, merke merkea... ⁴

Y entonces me responde en español:

-¡Cabron! ¿también sabes euskara?

Djili, de Gambia

¹ ¡Aquí no se habla español, esto no es España!

² ¿No te gusta lo que vendo...?

³ ...¿Estamos en Euskal Herria!

⁴ Bueno, bonito barato...

La Tolerancia

Antología de textos.

Selección: Zaghoul Morsy

Edita: Jóvenes contra la Intolerancia/Editorial Popular/Ediciones UNESCO
Madrid, 1994

Conviene considerar el conjunto de la humanidad como un solo organismo, y un pueblo como uno de sus miembros. Un dolor que afecta a la punta de un dedo hace padecer a todo el sistema. Si hay desorden en cualquier parte del mundo, no podemos desentendernos de ello. Debemos tratar de remediarlo como si hubiera surgido en medio de nosotros. Por distante que sea un acontecimiento, nunca debemos olvidar este principio.

Kemal Pasba Atatürk, 1981-1938, Turquía

La necesidad de preservar la diversidad de culturas en un mundo amenazado por la monotonía y la uniformidad no ha pasado desapercibida para las instituciones internacionales. También han comprendido estos organismos que, para alcanzar ese fin, no bastará cuidar con mimo las tradiciones locales y otorgar una tregua a los tiempos pasados. El hecho de la diversidad es lo que tendrá que ser salvado, no el contenido histórico que cada época le ha dado y que ninguna podría perpetuar más allá de sí misma. Hay que escuchar, pues, al trigo que crece, alentar las potencialidades secretas, despertar todas las vocaciones de vivir juntos que la historia mantiene en reserva; también es necesario estar preparados para aceptar sin sorpresas sin repugnancia y sin escándalo lo inusitado que todas estas nuevas formas sociales de expresión no dejarán de ofrecer. La tolerancia no es una posición contemplativa, que dispense indulgencias a lo que fue y a lo que es. Es una actitud dinámica, que consiste en prever, en comprender y en promover lo que quiere ser. La diversidad de las culturas humanas está detrás, alrededor y delante de nosotros. La única exigencia que podríamos esgrimir en su lugar (y que para cada persona creará los deberes correspondientes) es que se realice bajo formas de las que cada una sea una contribución a la mayor generosidad de las otras.

Claude Lévi-Strauss, Francia, Raza e historia, 1952

La verdadera comunidad, la que está en transformación (la única que conocemos hasta ahora), se produce cuando una pluralidad de personas han dejado de estar unas-junto-a-otras; y si se dirigen todas hacia el mismo fin, no dejan de sentir, en todo instante, un movimiento de mutuo encuentro, una confrontación dinámica, una ola móvil del Yo al Tú. La comunidad existe allí donde se hace la comunidad. La colectividad se funda en un debilitamiento organizado de las cualidades que constituyen a la persona; la comunidad, en la intensificación y la confirmación de esas personas en el sentimiento de relación mutua. El celo que nuestro tiempo dedica a la colectividad es una huida de la persona ante el conflicto de la comunidad y lo sacro de la comunidad, una huida ante la dialógica vital en el corazón del mundo, que exige el compromiso de sí mismo.

Martin Buber, 1978-1965, Israel, la vida del diálogo.

El empleo de la palabra "raza" es siempre sintomático de la actitud social de un individuo. Y el éxito de las concepciones antropológicas populares sirve en una sociedad de término político. Es raro que un pueblo en crisis no reaccione recurriendo a esta noción para justificar sus tendencias. Y si quieren, jamás una sociedad donde circule la noción de raza es una sociedad democrática.

[...] Si la familia es mediocre, al menos que el origen sea noble. Antaño, el conflicto de los orgullos se producía en el seno de la sociedad, a partir de las diferencias de castas, blasones, árboles genealógicos. Desde que los aristócratas vinieron a menos, la burguesía inventó la raza, mediocre democratización comercial de la idea de nobleza [...] Y, al igual que antaño las mezclas manchaban la pureza del apellido, hoy, la raza debe preservarnos de todo contacto impuro.

Mihai Ralea, Rumanía, Artículo den "Stânga", 1993

Textos fundamentales de la unesco

Por la tolerancia

Artículo 1

Significado de la tolerancia

- 1.1. La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos. La fomentan el conocimiento, la actitud de apertura, la comunicación y la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una necesidad política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por la cultura de paz.
- 1.2. Tolerancia no es lo mismo que concesión, condescendencia o indulgencia. Ante todo, la tolerancia es una actitud activa de reconocimiento de los derechos humanos universales y las libertades fundamentales de los demás. En ningún caso puede utilizarse para justificar el quebrantamiento de estos valores fundamentales. La tolerancia han de practicarla los individuos, los grupos y los Estados.
- 1.3. La tolerancia es la responsabilidad que sustenta los derechos humanos, el pluralismo (comprendido el pluralismo cultural), la democracia y el Estado de derecho. Supone el rechazo del dogmatismo y del absolutismo y afirma las normas establecidas por los instrumentos internacionales relativos a los derechos humanos.
- 1.4. Conforme al respeto de los derechos humanos, practicar la tolerancia no significa tolerar la injusticia social ni renunciar a las convicciones personales o atemperarlas. Significa que toda persona es libre de adherirse a sus propias convicciones y acepta que los demás se adhieran a las suyas. Significa aceptar el hecho de que los seres humanos, naturalmente caracterizados por la diversidad de su aspecto, su situación, su forma de expresarse, su comportamiento y sus valores, tienen derecho a vivir en paz y a ser como son. También significa que uno no ha de imponer sus opiniones a los demás.

(...)

Artículo 4

Educación

- 4.1. La educación es el medio más eficaz de prevenir la intolerancia. La primera etapa de la educación para la tolerancia consiste en enseñar a las personas los derechos y libertades que comparten, para que puedan ser respetados, y en fomentar además la voluntad de proteger los de los demás.
- 4.2. La educación para la tolerancia ha de considerarse un imperativo urgente; por eso es necesario fomentar métodos sistemáticos y racionales de enseñanza de la tolerancia que aborden los motivos culturales, sociales, económicos, políticos y religiosos de la intolerancia, es decir, las raíces principales de la violencia y la exclusión. Las políticas y los programas educativos deben contribuir al desarrollo del entendimiento, la solidaridad y la tolerancia entre los individuos, y entre los grupos étnicos, sociales, culturales, religiosos y lingüísticos, así como entre las naciones.

4.3. La educación para la tolerancia ha de tener por objeto contrarrestar las influencias que conducen al temor y la exclusión de los demás, y ha de ayudar a los jóvenes a desarrollar sus capacidades de juicio independiente, pensamiento crítico y razonamiento ético.

4.4. Nos comprometemos a apoyar y ejecutar programas de investigación sobre ciencias sociales y de educación para la tolerancia, los derechos humanos y la no violencia. Para ello hará falta conceder una atención especial al mejoramiento de la formación del personal docente, los planes de estudio, el contenido de los manuales y de los cursos y de otros materiales pedagógicos, como las nuevas tecnologías de la educación, a fin de formar ciudadanos atentos a los demás y responsables, abiertos a otras culturas, capaces de apreciar el valor de la libertad, respetuosos de la dignidad y las diferencias de los seres humanos y capaces de evitar los conflictos o de resolverlos por medios no violentos.

(...)

Texto tomado de la *Declaración de principios sobre la tolerancia*, proclamada y firmada el 16 de noviembre de 1995 en la 28ª reunión de la Conferencia General de la UNESCO

Raza y prejuicios raciales

Artículo primero

1. Todos los seres humanos pertenecen a la misma especie y tienen el mismo origen. Nacen iguales en dignidad y derechos y todos forman parte integrante de la humanidad.

2. Todos los individuos y grupos tienen derecho a ser diferentes, a considerarse y a ser considerados como tales. Sin embargo, la diversidad de las formas de vida y el derecho a la diferencia no pueden en ningún caso servir de pretexto a los prejuicios raciales; no pueden legitimar ni en derecho ni de hecho ninguna práctica discriminatoria, ni fundar la política de apartheid que constituye la forma extrema del racismo

(...)

4. Todos los pueblos del mundo están dotados de las mismas facultades que les permiten alcanzar la plenitud del desarrollo intelectual, técnico, social, económico, cultural y político.

5. Las diferencias entre las realizaciones de los diferentes pueblos del mundo se explican enteramente por factores geográficos, históricos, políticos, económicos, sociales y culturales. Estas diferencias no pueden en ningún caso servir de pretexto a cualquier clasificación jerarquizada de las naciones y los pueblos.

Artículo 2

1. Toda teoría que invoque una superioridad o inferioridad intrínseca de grupos raciales o étnicos que dé a unos el derecho de dominar o eliminar a los demás, presuntos inferiores, o que haga juicios de valor basados en una diferencia racial, carece de fundamento científico y es contraria a los principios morales y éticos de la humanidad.

2. El racismo engloba las ideologías racistas, las actitudes fundadas en los prejuicios raciales, los comportamientos discriminatorios, las disposiciones estructurales y las prácticas institucionalizadas que provocan la desigualdad racial, así como la idea falaz de que las relaciones discriminatorias entre grupos son moral y científicamente justificables; se manifiesta por medio de disposiciones legislativas o reglamentarias y prácticas discriminatorias, así como por medio de creencias y actos antisociales; obstaculiza el desenvolvimiento de sus víctimas, pervierte a quienes lo ponen en práctica, divide a las naciones en su propio seno, constituye un obstáculo para la cooperación internacional y crea tensiones políticas entre los pueblos; es contrario a los principios fundamentales del derecho internacional y, por consiguiente, perturba gravemente la paz y la seguridad internacionales.

3. El prejuicio racial, históricamente vinculado a las desigualdades de poder, que tiende a agudizarse a causa de las diferencias económicas y sociales entre los individuos y los grupos humanos y a justificar, todavía hoy, esas desigualdades, está totalmente desprovisto de fundamento.

(...)

Artículo 4

1. Toda traba a la libre realización de los seres humanos y a la libre comunicación entre ellos, fundada en consideraciones raciales o étnicas, es contraria al principio de igualdad en dignidad y derechos, y es inadmisibile.

2. El apartheid es una de las violaciones más graves de ese principio y, como el genocidio, constituye un crimen contra la humanidad que perturba gravemente la paz y la seguridad internacionales.

3. Hay otras políticas y prácticas de segregación y discriminación raciales que constituyen crímenes contra la conciencia y la dignidad de la humanidad y pueden crear tensiones políticas y perturbar gravemente la paz y la seguridad internacionales.

(...)

Texto tomado de la *Declaración sobre la raza y los prejuicios raciales* aprobada por la Conferencia General de la UNESCO en su 20ª reunión, el 27 de noviembre de 1978

Canciones IX

(Ezekiel Masisi Dembele)

Ezekiel Masisi Dembele
está en un bar de Bilbao;
Levanta su taza de café
y se la lleva a los labios.
Parece pensar en algo.

Miro a ese hombre
venido de África:
bebe café, ahí, en el espejo
de detrás del mostrador.
Parece pensar en algo.

Entre dos botellas de cognac,
en el espejo del bar:
ahí es donde veo los ojos
de ese hombre, Ezekiel.
Parece pensar en algo.

¿En qué estará pensando
Ezekiel Masisi Dembele
en ese bar, tan lejos,
en ese bar de Bilbao
tan lejos de su casa?

¿Pensará quizá en una aldea
de Mali o de Uganda?
¿Pensará en una mujer?
¿Sobre la guerra?
¿Sobre la sequía de África?

¡Ah!, ya escucho
ya estoy escuchando
lo que susurran los labios
de Ezekiel Masisi Dembele
Son palabras un poco especiales.

"Lingo, Lingo Mboka te", susurra
"Lingo, Lingo Mondele te"
"Lingo, Lingo Moyindo te"
Éstas son sus palabras,
Ése es el pensamiento de Ezekiel.

"Tina Tokabuana Ngo Salo",
"Moko Mama Tina"
"Nini Toyinama".
Ésas son sus palabras
Ése es el pensamiento de Ezekiel.

La taza está vacía,
Sólo quedan los posos de café
sobre la porcelana.
Hace un rato que Ezekiel
se marchó solo del bar.

Necesitamos un diccionario,
una guía, cuanto antes,
porque, Lingo Mboka te,
el amor no tiene
una patria concreta.
Necesitamos un diccionario.

Bernardo Atxaga
De Poemas & Híbridos